EDITORIAL
SAGA

Tutorías Efectivas

Estrategias de refuerzo académico para revertir el bajo rendimiento



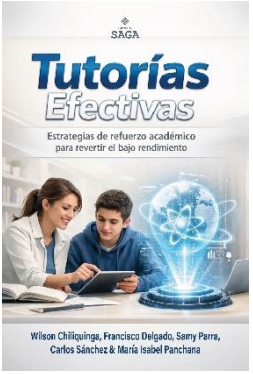
Wilson Chiliquinga, Francisco Delgado, Samy Parra,
Carlos Sánchez & Mayra Pachacama

Tutorías efectivas

Estrategias de refuerzo académico para revertir el bajo rendimiento

Autor:
Wilson Alfredo Chiliquinga Ramírez
Francisco Calixto Delgado Quijije
Samy Pamela Parra Hinojosa
Carlos Jonathan Sánchez Roblez
Mayra Alexandra Pachacama Tipán

EDITORIAL
SAGA



Datos bibliográficos

ISBN:	**978-9907-803-04-4**
Título del libro:	Tutorías efectivas Estrategias de refuerzo académico para revertir el bajo rendimiento
Autores:	Chiliquinga Ramirez, Wilson Alfredo Delgado Quijije, Francisco Calixto Parra Hinojosa, Samy Pamela Sanchez Roblez, Carlos Jonathan Pachacama Tipán, Mayra Alexandra
Editorial:	SAGA
Materia:	370 - Educación
Público objetivo:	Profesional / académico
Publicado:	2026-01-28
Número de edición:	1
Tamaño:	5Mb
Soporte:	Libro digital descargable
Formato:	Pdf (.pdf)
Idioma:	Español
DOI:	https://doi.org/10.63415/saga.2026.65

Hecho en Ecuador / Made in Ecuador

Autores

Wilson Alfredo Chiliquinga Ramírez
Universidad Estatal Península de Santa Elena
chiliwily92@gmail.com
https://orcid.org/0009-0001-9682-7795
Quito, Ecuador

Semblanza

Wilson Alfredo Chiliquinga Ramírez es un profesional de la educación con una trayectoria amplia y coherente, orientada al fortalecimiento de la educación básica y a la gestión institucional con sentido ético y pedagógico. Es Magíster en Educación Básica por la Universidad Estatal Península de Santa Elena, título que afianza una formación académica enfocada en la mejora de los procesos de enseñanza y aprendizaje y en la atención integral de la comunidad educativa.

Cuenta además con un Diploma Superior en Gestión Educativa otorgado por la Universidad Técnica Particular de Loja, formación que le ha permitido desempeñar funciones directivas, administrativas y de acompañamiento pedagógico con criterio técnico y visión organizacional. A ello se suma el Diploma Superior en Liderazgo Educativo por la Universidad Tecnológica San Antonio de Machala, que respalda su capacidad para conducir equipos de trabajo, promover la participación y orientar decisiones institucionales responsables.

Es Licenciado en Ciencias de la Educación en la especialidad de Educación Primaria por la Universidad Técnica Particular de Loja, además de Licenciado en Ciencias de la Educación con especialización en Administración y Supervisión Educativa por la Universidad Técnica de Babahoyo. Su perfil profesional refleja compromiso, disciplina y vocación permanente por la formación docente, la mejora continua y el servicio educativo de calidad.

Francisco Calixto Delgado Quijije
Universidad Estatal de Milagro
calixtodelgado0198@yahoo.es
https://orcid.org/0009-0002-9600-4286
Rocafuerte, Ecuador

Semblanza

Francisco Calixto Delgado Quijije es un educador comprometido con la formación integral de niños y jóvenes, cuya trayectoria académica y docente se ha construido a partir del rigor, la vocación y el servicio a la comunidad educativa. Es Magíster en Educación Básica por la Universidad Estatal de Milagro, formación que fortaleció su visión pedagógica, didáctica y evaluativa orientada al mejoramiento continuo de los procesos de enseñanza y aprendizaje en la educación obligatoria.

Además, obtuvo el título de Licenciado en Ciencias de la Educación, mención Física y Matemáticas, en la Universidad Técnica de Manabí, área desde la cual ha desarrollado una práctica docente caracterizada por el pensamiento lógico, el razonamiento científico y el uso estratégico de metodologías activas que favorecen la comprensión significativa del conocimiento. Su desempeño profesional se distingue por la planificación responsable, la actualización permanente y la capacidad de acompañar a los estudiantes en la construcción de aprendizajes funcionales y duraderos.

A lo largo de su carrera ha demostrado liderazgo académico, ética profesional y sensibilidad educativa, integrando teoría y práctica en el aula con una mirada reflexiva y humanista. Francisco Calixto Delgado Quijije concibe la educación como un proceso transformador, orientado al desarrollo de habilidades cognitivas, valores y actitudes que fortalecen la convivencia escolar y el crecimiento personal. Su labor docente representa un aporte valioso al fortalecimiento de la educación básica y al desarrollo educativo del país.

Samy Pamela Parra Hinojosa
Universidad Internacional de La Rioja
kerllypatricia@hotmail.es
https://orcid.org/0009-0001-6314-1324
Santa Cruz, Ecuador

Semblanza

Samy Pamela Parra Hinojosa es una profesional de la psicología y la educación cuya trayectoria académica refleja dedicación, disciplina y una profunda comprensión de los procesos cognitivos y emocionales vinculados al aprendizaje. Es Máster Universitario en Neuropsicología y Educación por la Universidad Internacional de La Rioja, formación que le permitió fortalecer el análisis del desarrollo cerebral, la atención, la memoria y las funciones ejecutivas aplicadas al ámbito educativo.

Asimismo, es Licenciada en Psicología por la Universidad Técnica Particular de Loja, institución en la que consolidó una base científica y humanista orientada al acompañamiento integral de las personas a lo largo de su ciclo vital. Su preparación académica se traduce en una práctica profesional caracterizada por la observación cuidadosa, la intervención ética y el respeto por la diversidad de ritmos y estilos de aprendizaje.

A lo largo de su ejercicio profesional ha demostrado compromiso con la mejora de los procesos educativos, el bienestar emocional y la prevención de dificultades en el desarrollo cognitivo. Su labor se apoya en la articulación entre psicología, neurociencia y pedagogía, favoreciendo propuestas educativas fundamentadas y responsables. Samy Pamela Parra Hinojosa concibe la educación como un espacio de crecimiento humano, reflexión permanente y acompañamiento consciente, orientado a potenciar las capacidades individuales y fortalecer una formación integral basada en el respeto, la empatía y el conocimiento científico.

Carlos Jonathan Sánchez Roblez
Universidad Estatal de Milagro
carlosjonth_sr@hotmail.es
https://orcid.org/0009-0008-6941-2843
Zapotillo, Ecuador

Semblanza

Carlos Jonathan Sánchez Roblez es un educador comprometido con la calidad académica y el desarrollo integral de la niñez, cuya trayectoria se sustenta en la responsabilidad profesional y la vocación por la enseñanza. Es Magíster en Educación Básica por la Universidad Estatal de Milagro, formación que fortaleció su capacidad para planificar, evaluar y orientar procesos pedagógicos acordes a las necesidades reales del sistema educativo actual.

También es Licenciado en Ciencias de la Educación, especialización Educación Básica, por la Universidad Técnica de Cotopaxi, título que consolidó su dominio de los fundamentos pedagógicos, curriculares y didácticos aplicados a los primeros niveles de escolaridad. Desde el aula ha promovido prácticas educativas reflexivas, participativas y centradas en el aprendizaje significativo, priorizando el acompañamiento permanente del estudiante.

Su desempeño profesional se caracteriza por la organización, la constancia y el interés por la actualización continua. Valora el trabajo colaborativo y la comunicación respetuosa con la comunidad educativa. Cree en la educación como un proceso formativo que fortalece conocimientos, valores y habilidades para la vida.

Carlos Jonathan Sánchez Roblez orienta su labor hacia la construcción de experiencias educativas responsables, humanas y coherentes, aportando con compromiso y ética al fortalecimiento de la educación básica y al desarrollo académico de las nuevas generaciones.

Mayra Alexandra Pachacama Tipán
Universidad Central del Ecuador
maptipan@hotmail.com
https://orcid.org/0009-0004-1323-2676
Quito, Ecuador

Semblanza

Mayra Alexandra Pachacama Tipán es Magister en Educación, con mención en Inclusión Educativa y Atención a la Diversidad por la Universidad Central del Ecuador. Su trayectoria profesional se ha construido desde un firme compromiso con la equidad, la justicia educativa y el reconocimiento de las múltiples formas de aprender que caracterizan a los estudiantes en los distintos contextos escolares. A lo largo de su labor docente y académica, ha orientado su trabajo hacia el acompañamiento pedagógico, el diseño de estrategias de apoyo y la atención a estudiantes que enfrentan barreras en su proceso formativo.

Su formación de posgrado le ha permitido profundizar en enfoques inclusivos, prácticas diferenciadas y metodologías centradas en el estudiante, promoviendo ambientes de aprendizaje respetuosos de la diversidad y enfocados en el desarrollo integral. Mayra Alexandra destaca por su capacidad para articular la teoría educativa con la práctica cotidiana del aula, generando propuestas realistas, sensibles y pedagógicamente sólidas.

Como una de las autoras del libro Tutorías efectivas. Estrategias de refuerzo académico para revertir el bajo rendimiento, aporta una visión reflexiva y propositiva sobre el rol de la tutoría como herramienta clave para fortalecer los aprendizajes, prevenir el rezago escolar y acompañar de manera cercana a los estudiantes. Su aporte académico se orienta a fortalecer una educación más humana, inclusiva y transformadora.



El contenido y las ideas expuestas en esta obra se encuentran protegidos por la normativa vigente en materia de propiedad intelectual y constituyen derechos exclusivos de su(s) autor(es)

Todos los derechos reservados © 2026

Sinopsis

Este libro presenta una propuesta pedagógica orientada a fortalecer las tutorías escolares como una acción sistemática de apoyo al aprendizaje, dirigida a estudiantes que manifiestan bajo rendimiento y trayectorias académicas frágiles. A través de una mirada aplicada, la obra articula diagnóstico educativo, intervención pedagógica y seguimiento continuo, con énfasis en decisiones docentes basadas en evidencias del aula. Las tutorías se conciben como espacios de acompañamiento académico intencional, con estrategias de refuerzo que priorizan habilidades esenciales, recuperación de aprendizajes no logrados y desarrollo de hábitos de estudio. El texto ofrece orientaciones claras para planificar tutorías individuales, grupales y entre pares, optimizando el tiempo escolar y fortaleciendo la motivación del estudiante. Se destacan prácticas de retroalimentación formativa, uso pedagógico del error y adaptación de actividades sin disminuir las expectativas de aprendizaje. Asimismo, se promueve la articulación entre tutoría, aula y familia, junto con mecanismos de registro y evaluación que permiten valorar avances reales. Dirigido a docentes, tutores y directivos, el libro aporta herramientas concretas para consolidar una cultura institucional de apoyo académico, orientada a la mejora sostenida del desempeño escolar y a la construcción de trayectorias educativas más estables y significativas en diversos niveles educativos y áreas curriculares con impacto pedagógico duradero.

Palabras clave: tutorías escolares; refuerzo académico; bajo rendimiento; seguimiento pedagógico; intervención educativa; mejora del aprendizaje

Synopsis

This book presents a pedagogical proposal aimed at strengthening school tutoring as a systematic action to support learning, addressed to students who show low achievement and fragile academic pathways. Through an applied perspective, the work connects educational diagnosis, pedagogical intervention, and continuous monitoring, with emphasis on teaching decisions grounded in classroom evidence. Tutoring is framed as an intentional academic accompaniment space, with reinforcement strategies that prioritize essential skills, recovery of unachieved learning, and development of study habits. The text provides clear guidance for planning individual, group, and peer tutoring, optimizing school time and strengthening student motivation. Formative feedback practices, pedagogical use of error, and activity adaptation without lowering learning expectations receive special attention. In addition, the book promotes alignment among tutoring, classroom practice, and family involvement, together with recording and evaluation mechanisms that allow appraisal of real progress. Addressed to teachers, tutors, and school leaders, the book delivers practical tools to consolidate an institutional culture of academic support, oriented toward sustained improvement of school performance and the construction of more stable and meaningful educational pathways across educational levels and curricular areas with lasting pedagogical impact.

Keywords: school tutoring; academic reinforcement; low achievement; pedagogical monitoring; educational intervention; learning improvement

Índice General

Sinopsis ..... **ix**

Índice General **11**

Introducción **15**

Capítulo 1: Tutoría como acción pedagógica estratégica **19**

1.1. La tutoría como intervención directa en el aprendizaje 22

1.2. Diferencias entre acompañar, reforzar y orientar académicamente 25

1.3. Perfil del tutor escolar que impacta resultados 28

1.4. Tutorías preventivas vs. tutorías correctivas 31

1.5. Momentos clave para activar una tutoría efectiva 34

1.6. Tutoría individual, grupal y entre pares: cuándo usar cada una 37

1.7. Comunicación pedagógica que motiva al estudiante con bajo rendimiento 40

1.8. Tutoría como espacio de confianza y seguridad académica 43

1.9. Errores frecuentes en la tutoría escolar y cómo evitarlos 46

1.10. Integración de la tutoría al plan institucional de apoyo académico 48

Capítulo 2: Identificación temprana del bajo rendimiento académico **53**

2.1. Señales visibles e invisibles del bajo rendimiento 57

2.2. Lectura pedagógica de calificaciones, conductas y actitudes 58

2.3. Diagnóstico rápido para tutorías focalizadas 60

2.4. Uso de instrumentos breves para detectar dificultades de aprendizaje 62

2.5. Diferenciar falta de estudio, desmotivación y barreras cognitivas 64

2.6. Análisis del contexto familiar y escolar del estudiante 66
2.7. Tutoría basada en evidencias del aula 67
2.8. Priorización de estudiantes según nivel de urgencia académica 69
2.9. Registro y seguimiento del progreso del estudiante 71
2.10. Toma de decisiones pedagógicas a partir del diagnóstico 73
Capítulo 3: Estrategias de refuerzo académico en tutorías 75
3.1. Refuerzo académico centrado en habilidades clave 79
3.2. Tutorías breves y efectivas: cómo aprovechar poco tiempo 80
3.3. Estrategias activas para recuperar aprendizajes no logrados 82
3.4. Aprender desde el error como recurso pedagógico 84
3.5. Técnicas de estudio adaptadas al estilo del estudiante 85
3.6. Tutoría con material concreto y recursos digitales 87
3.7. Refuerzo académico en lectura, escritura y matemáticas 89
3.8. Tutorías motivacionales para estudiantes desenganchados 91
3.9. Trabajo colaborativo como estrategia de recuperación académica 92
3.10. Adaptación de actividades sin reducir el nivel académico 94
Capítulo 4: Seguimiento, evaluación y sostenibilidad de la tutoría 97
4.1. Indicadores claros para medir el impacto de la tutoría 101
4.2. Evaluación formativa dentro de los procesos de tutoría 102
4.3. Retroalimentación efectiva que impulsa la mejora 104
4.4. Ajuste de estrategias según avances y dificultades persistentes 106
4.5. Articulación entre tutoría, aula y familia 108
4.6. Registro pedagógico como herramienta de mejora continua .. 109
4.7. Tutorías que fortalecen la autonomía del estudiante 111

4.8. Prevención de la reincidencia del bajo rendimiento.....113
4.9. Tutoría como cultura institucional de apoyo al aprendizaje....114
4.10. Proyección de planes de tutoría a mediano plazo.....116
Conclusiones.....119
Referencias Bibliográficas.....123

Introducción

El bajo rendimiento académico ha acompañado históricamente a la escuela como una preocupación persistente que interpela a docentes, directivos y familias. En muchas aulas, los aprendizajes se fragmentan, las trayectorias se vuelven inestables y la motivación se debilita con el paso del tiempo. Este libro nace desde esa realidad cotidiana, reconocible para cualquier lector vinculado a la educación, y se posiciona como una respuesta pedagógica pensada desde la práctica. Tal como se plantea en Tutorías efectivas: estrategias de refuerzo académico para revertir el bajo rendimiento, la tutoría escolar adquiere sentido cuando se entiende como acompañamiento académico intencional y planificado.

A lo largo de los últimos años, las instituciones educativas han incorporado diversas acciones de apoyo, aunque muchas de ellas carecen de sistematicidad o seguimiento. La obra parte de esta situación y propone mirar la tutoría no como una actividad aislada, sino como una acción articulada al aula y a la gestión pedagógica. El lector encontrará una narrativa cercana, construida desde evidencias del trabajo docente, que reconoce errores frecuentes y recupera prácticas que funcionan. Desde esta perspectiva aplicada, el texto afirma que las decisiones pedagógicas ganan fuerza cuando se apoyan en datos del aula y en observación profesional constante.

La justificación académica del libro se sustenta en la necesidad de fortalecer mecanismos reales de apoyo al aprendizaje sin reducir expectativas. El refuerzo académico aquí propuesto prioriza habilidades esenciales y aprendizajes no logrados, con estrategias breves, focalizadas y adaptables. Esta postura dialoga con enfoques contemporáneos de evaluación formativa y retroalimentación continua, aspectos desarrollados de manera transversal en la obra. El lector es acompañado a reconocer que la

tutoría bien diseñada puede transformar tiempos limitados en oportunidades de mejora sostenida.

Uno de los aportes centrales del texto radica en la claridad de sus objetivos pedagógicos. Se busca fortalecer la planificación de tutorías, orientar el diagnóstico temprano del bajo rendimiento y consolidar procesos de seguimiento que permitan valorar avances reales. Estos propósitos se presentan de forma explícita y dialogan con la experiencia cotidiana del docente. La obra enfatiza que una tutoría efectiva no improvisa, registra, ajusta y acompaña, manteniendo siempre al estudiante como centro del proceso educativo.

Las preguntas de investigación que atraviesan el libro se formulan desde inquietudes comunes del quehacer escolar. ¿En qué momento activar una tutoría?, ¿qué tipo de tutoría resulta pertinente según la necesidad?, ¿qué estrategias favorecen la recuperación de aprendizajes? A lo largo de los capítulos, estas preguntas se abordan mediante orientaciones prácticas y ejemplos pedagógicos que permiten al lector reconocerse en la experiencia descrita. La obra demuestra que interrogar la práctica es un acto profesional que fortalece la toma de decisiones.

El primer capítulo presenta la tutoría como acción pedagógica estratégica, diferenciando acompañar, reforzar y orientar académicamente. Aquí se perfila al tutor escolar como un profesional que genera confianza, comunica con claridad y utiliza el error como recurso formativo. El texto conduce al lector por los momentos clave en los que la tutoría cobra mayor sentido, integrándola al plan institucional de apoyo académico, con una mirada preventiva y correctiva equilibrada.

El segundo capítulo se centra en la identificación temprana del bajo rendimiento académico. Se analizan señales visibles e invisibles, se proponen diagnósticos breves y se promueve la lectura pedagógica de calificaciones, actitudes y conductas. Esta sección

invita al lector a observar con mayor precisión, diferenciando desmotivación, falta de estudio y barreras cognitivas, siempre desde una postura profesional y reflexiva.

En el tercer capítulo se desarrollan estrategias de refuerzo académico aplicables a diversas áreas curriculares. Se presentan técnicas activas, uso de material concreto, recursos digitales y trabajo colaborativo, sin disminuir el nivel académico. El lector transita por propuestas que valoran el tiempo escolar y fortalecen hábitos de estudio, reconociendo que aprender desde el error puede convertirse en un motor de mejora auténtica.

El cuarto capítulo aborda el seguimiento, la evaluación y la sostenibilidad de la tutoría. Se destacan indicadores claros, registros pedagógicos y retroalimentación efectiva, entendidos como herramientas de mejora continua. La articulación entre tutoría, aula y familia adquiere aquí un papel relevante, reforzando la autonomía del estudiante y previniendo la reincidencia del bajo rendimiento.

Este libro se dirige a docentes, tutores y directivos que buscan fortalecer una cultura institucional de apoyo académico. Desde una voz cercana y profesional, la obra acompaña al lector en la construcción de prácticas pedagógicas responsables y conscientes. Cada capítulo dialoga con el siguiente, generando continuidad argumentativa y sentido práctico, con el propósito de aportar a trayectorias educativas más estables, significativas y humanamente cuidadas.

.

Capítulo 1:

Tutoría como acción pedagógica estratégica

Este capítulo se abre como se abre una conversación necesaria, de esas que llegan después de observar el aula con detenimiento y de escuchar los silencios que también enseñan. Al avanzar por estas páginas, es difícil no reconocerse en escenas conocidas: estudiantes que bajan la mirada, otros que aparentan seguridad mientras se pierden, docentes que intuyen que algo no marcha bien y buscan respuestas más allá del contenido. Aquí, la tutoría se presenta como una acción pedagógica pensada con intención, no como un trámite añadido, sino como un espacio que acompaña trayectorias reales, con nombres, historias y ritmos distintos.

Quien lee estas líneas probablemente recuerda momentos en los que una palabra a tiempo marcó diferencia, o cuando su ausencia dejó huella. La tutoría, entendida desde esa memoria compartida, adquiere un sentido profundo. No se trata de corregir fallas de manera automática, sino de construir puentes entre el aprendizaje esperado y la experiencia vivida del estudiante. En esa construcción hay pausas, dudas, retrocesos y avances pequeños que, con el tiempo, revelan un movimiento sostenido. Este capítulo invita a mirar la tutoría desde esa perspectiva amplia, cercana al aula real y a la vida escolar cotidiana.

A lo largo del capítulo, la tutoría aparece como una práctica que respira junto a la escuela. No irrumpe de forma abrupta ni se impone con rigidez; se adapta, escucha, ajusta. Como una luz tenue al inicio de la jornada, permite distinguir gestos, actitudes y señales que suelen pasar desapercibidas en la rutina. El lector encontrará reflexiones que dialogan con la experiencia docente y con la sensación, muchas veces compartida, de querer hacer más por quienes parecen quedarse atrás sin levantar demasiado ruido.

La acción tutorial que aquí se plantea no nace de recetas universales. Surge de observar con atención, de reconocer que el rendimiento académico no se explica por una causa única ni por respuestas rápidas. En estas páginas se habla de tiempos oportunos,

de vínculos que se construyen con constancia y de decisiones pedagógicas que requieren sensibilidad. La tutoría se perfila así como una práctica que acompaña procesos, sostiene trayectorias frágiles y ofrece un andamiaje que no asfixia, pero tampoco se retira antes de tiempo.

Al avanzar, el lector notará que la tutoría no se reduce a encuentros formales ni a espacios aislados del resto de la vida escolar. Se entrelaza con la planificación, con la evaluación, con la convivencia diaria. Aparece en una conversación breve en el pasillo, en una observación cuidadosa durante la clase, en una pregunta bien formulada que abre posibilidades. Este capítulo invita a reconocer esas formas discretas en las que la tutoría se hace presente y transforma, sin necesidad de grandes gestos.

También se propone una mirada honesta sobre las tensiones que atraviesan la práctica tutorial. No todo resulta claro ni inmediato. Hay intentos que no funcionan, estrategias que requieren ajustes y decisiones que generan dudas. Lejos de ocultar esas zonas grises, el texto las incorpora como parte del aprendizaje profesional. La tutoría se presenta entonces como un proceso en construcción permanente, donde la reflexión compartida cobra valor y el error se convierte en una fuente de aprendizaje pedagógico.

Desde la voz del lector, este capítulo dialoga con preguntas que suelen aparecer en el día a día escolar: cuándo intervenir, qué decir, hasta dónde acompañar. No se ofrecen respuestas cerradas, sino orientaciones que invitan a pensar la tutoría como una acción situada en la realidad concreta del aula. Cada experiencia escolar aporta matices distintos, y reconocer esa diversidad fortalece la práctica tutorial, alejándola de esquemas rígidos y acercándola a las necesidades reales de los estudiantes.

La tutoría, entendida como acción pedagógica estratégica, se apoya en la confianza y en la coherencia institucional. No

funciona de manera aislada ni depende exclusivamente de voluntades individuales. A lo largo del capítulo se pone en evidencia la importancia de articular esfuerzos, de compartir criterios y de sostener acuerdos que den sentido a la intervención tutorial. En esa articulación, la escuela se convierte en un espacio que acompaña de forma integral, sin fragmentar la experiencia educativa.

Este recorrido invita a detenerse y a mirar la tutoría con otros ojos, más atentos a los procesos que a los resultados inmediatos. Se propone valorar los cambios sutiles, las mejoras progresivas y las señales de avance que no siempre se reflejan de inmediato en una calificación. La tutoría aparece como un acto pedagógico que cuida, orienta y fortalece, reconociendo que el aprendizaje también es un camino emocional, lleno de incertidumbres y pequeñas conquistas.

Al cerrar esta introducción, queda la sensación de estar frente a un capítulo que no pretende dictar normas, sino acompañar al lector en una reflexión compartida. La tutoría, tal como se presenta aquí, se construye desde la experiencia, la observación y el compromiso con el aprendizaje de todos. Este capítulo abre un espacio para repensar prácticas, ajustar miradas y reafirmar la idea de que educar también implica estar presentes, con atención genuina y disposición para acompañar cada trayecto escolar.

1.1. La tutoría como intervención directa en el aprendizaje

La tutoría, cuando actúa como intervención directa en el aprendizaje, se siente cercana, casi artesanal. Uno recuerda aulas silenciosas y miradas que piden ayuda sin levantar la mano. Ahí, la tutoría aparece como una conversación al borde del cuaderno, donde alguien escucha y ajusta el ritmo. No es un acto distante; es presencia, tiempo compartido, una pausa que ordena ideas y devuelve confianza al estudiante que duda. Con paciencia

cotidiana, acompaña procesos frágiles y celebra avances pequeños, visibles, humanos, reales.

Pensar la tutoría como acción directa implica aceptar que aprender no siempre sigue líneas rectas. Hay tropiezos, repeticiones, silencios largos. El tutor entra allí, no para corregir desde arriba, sino para caminar al lado. A veces basta una pregunta bien dicha, otras, un gesto o un ejemplo cotidiano. Esa cercanía permite detectar vacíos, hábitos débiles y modos personales de comprender que piden atención inmediata. Se trabaja con lo que hay hoy, sin máscaras ni fórmulas repetidas, frente a necesidades reales.

Desde la mirada del lector, quizá aparezcan recuerdos de tutorías frías o mecánicas. Por eso conviene aclarar que esta intervención directa respira humanidad. Se apoya en la escucha atenta, en la observación paciente del error, en el diálogo sin prisas. El aprendizaje, visto así, deja de ser trámite y gana espesor. La tutoría acompaña, orienta y sostiene, como una luz baja que permite avanzar sin deslumbrar. Hay cuidado, hay respeto, hay confianza compartida en cada encuentro formativo, entre personas reales.

En la práctica diaria, la tutoría directa se parece a ajustar un instrumento. Se afina la explicación, se repite con otra voz, se prueba otro camino. Nada está completamente cerrado. El tutor observa gestos, tiempos, cansancio, y decide en el momento. Esa flexibilidad no nace del azar, sino de la experiencia acumulada y del vínculo construido con el estudiante, que aprende a confiar y a arriesgar. Hay ensayo, error, ajustes mínimos, conversaciones breves que dejan huella duradera, en trayectorias escolares.

Quien lee puede preguntarse si esta intervención transforma el aprendizaje. La experiencia y la investigación coinciden en varios puntos. Silvia y Flores (2022) describen la tutoría como un acompañamiento que fortalece estrategias

cognitivas y metacognitivas mediante diálogo reflexivo y seguimiento cercano. Esa mirada confirma algo vivido en aulas reales: cuando alguien ayuda a pensar cómo se aprende, el estudiante gana autonomía, claridad y una relación más consciente con su proceso. Eso cambia la forma de estudiar y de mirarse aprendiendo.

La tutoría directa toca la emoción, aunque no se nombre de manera explícita. Un comentario oportuno, una corrección dicha con cuidado, pueden aliviar tensiones antiguas. El aprendizaje avanza mejor cuando el miedo se reduce y la palabra circula. Desde esa cercanía, el tutor ayuda a ordenar prioridades, a poner nombre a las confusiones y a construir hábitos más estables, paso a paso, con una calma que se contagia. Así, estudiar deja de doler y empieza a sentirse posible, otra vez.

Muchos esperan recetas claras, pero la tutoría directa no funciona así. Se construye en relación, en el día a día, con ajustes pequeños. El lector quizá recuerde momentos donde una explicación distinta cambió todo. Esa es la fuerza de esta acción pedagógica: intervenir a tiempo, con sensibilidad, sin invadir. La tutoría se vuelve puente entre lo que el estudiante sabe y lo que aún no logra articular, acompañando ese tránsito. Hay escucha, hay espera, hay palabras que llegan cuando deben.

Esta intervención directa exige presencia sostenida y atención real. No se trata de controlar, sino de acompañar procesos vivos. El tutor observa cómo estudia el estudiante, cómo se organiza, cómo falla. Desde ahí, propone ajustes cercanos a su realidad cotidiana. El aprendizaje se vuelve más consciente cuando alguien ayuda a mirar los propios pasos. Esa mirada compartida reduce la distancia entre enseñar y aprender, haciendo del encuentro un espacio fértil. No hay prisa, hay atención y respeto por ritmos personales.

Cuando la tutoría actúa directamente, el error pierde peso negativo. Se convierte en material de trabajo, en señal útil. El tutor ayuda a leer ese error sin juicio, a entender por qué ocurrió. Esa conversación, a veces breve, abre caminos de mejora inmediata. El lector tal vez recuerde cuánto alivio produce comprender un fallo. Aprender así deja marcas duraderas, porque nace de la comprensión y no del apuro por cumplir. La tutoría sostiene ese aprendizaje con cercanía y continuidad, pedagógica.

Al cerrar este apartado, queda la sensación de que la tutoría directa es una forma de cuidado pedagógico. No promete soluciones mágicas, pero ofrece presencia, palabra y tiempo. El lector puede sentirse acompañado en esta idea, porque muchos aprendimos gracias a alguien que se sentó al lado. Esa escena sencilla resume el sentido de la tutoría: intervenir en el aprendizaje con humanidad, atención y compromiso sostenido. Así se tejen trayectorias educativas más firmes y confiables en el tiempo, compartido, real.

1.2. Diferencias entre acompañar, reforzar y orientar académicamente

Hablar de acompañar, reforzar y orientar académicamente puede parecer una cuestión técnica, pero en la práctica se siente mucho más cercana. Como lector, quizá recuerdes momentos en los que alguien estuvo ahí, sin decir demasiado, caminando a tu lado mientras aprendías. Acompañar tiene ese gesto silencioso, casi cotidiano, como compartir el trayecto sin marcar el paso. No empuja ni corrige de inmediato; observa, escucha y permanece. Es presencia sostenida, una forma de decir “no estás a la deriva” mientras el aprendizaje avanza.

Reforzar, en cambio, se nota distinto. Aquí aparece la repetición, el ajuste, el volver a pasar por un contenido con otra luz. Tal vez recuerdes ejercicios adicionales, ejemplos nuevos, explicaciones que llegan cuando lo anterior no bastó. Reforzar es

insistir con cuidado, sin cansar, como quien practica una melodía hasta que los dedos responden. No reemplaza el acompañamiento, pero lo complementa, porque atiende vacíos concretos y fortalece lo que aún se siente frágil en la comprensión diaria del estudiante.

Orientar académicamente tiene otro pulso. Se parece más a señalar un camino posible cuando hay demasiadas bifurcaciones. El lector quizá haya sentido esa confusión al no saber por dónde empezar, qué priorizar o cómo organizar el estudio. Orientar ordena, aclara, ayuda a decidir. No hace el trabajo por el estudiante, pero ofrece referencias, criterios y horizonte. Es una conversación que reduce el ruido mental y devuelve sensación de dirección, tan necesaria cuando el rendimiento empieza a resentirse.

Estas tres acciones suelen mezclarse en la experiencia real, aunque no sean lo mismo. Acompañar se sostiene en el tiempo, reforzar actúa sobre contenidos específicos y orientar mira la trayectoria completa. El lector atento notará que cada una responde a necesidades distintas, incluso dentro de una misma semana. Hay días donde se necesita cercanía silenciosa; otros, práctica intensa; otros, una charla que reordene prioridades. Reconocer estas diferencias evita intervenciones torpes y permite una tutoría más sensible y ajustada a cada momento.

Desde la experiencia docente, se aprende que acompañar sin reforzar puede dejar aprendizajes débiles, y reforzar sin orientar puede generar cansancio. Orientar sin acompañar, por su parte, corre el riesgo de quedarse en palabras bonitas. Por eso, distinguir estas acciones no es un ejercicio teórico, sino una herramienta práctica. El lector quizá sienta alivio al poner nombre a sensaciones conocidas. Comprender estas diferencias permite actuar con mayor intención y evitar respuestas automáticas que no siempre ayudan.

En el aula, estas distinciones se viven en gestos pequeños. Acompañar es sentarse cerca y escuchar una duda que se repite. Reforzar es preparar material adicional cuando algo no quedó claro.

Orientar es conversar sobre hábitos de estudio o decisiones académicas. Cada acción tiene su tiempo y su tono. El estudiante percibe esa diferencia, aunque no la nombre. Y cuando se combinan con cuidado, el aprendizaje gana estabilidad, como una mesa bien apoyada en varias patas.

Prada Chafloque (2016) plantea que la acción tutorial se fortalece cuando el docente articula acompañamiento cercano, refuerzo pedagógico y orientación clara, atendiendo a la diversidad cultural y académica del estudiante. Esta idea, llevada al terreno cotidiano, recuerda que no basta intervenir de una manera fija. La tutoría se vuelve más efectiva cuando reconoce quién aprende, cómo aprende y qué necesita en cada etapa del proceso formativo, sin imponer recorridos rígidos ni respuestas únicas.

Como lector, quizá te preguntes cuál de estas acciones pesa más. La experiencia muestra que ninguna funciona bien por separado. Acompañar genera confianza, reforzar consolida saberes y orientar da sentido al recorrido. Juntas, sostienen al estudiante cuando el rendimiento baja y la motivación flaquea. Separarlas ayuda a entenderlas; integrarlas permite actuar mejor. Esa combinación, bien dosificada, transforma la tutoría en un espacio vivo, cercano y verdaderamente útil para aprender.

También hay un componente emocional que atraviesa estas diferencias. Acompañar cuida, reforzar tranquiliza y orientar alivia la confusión. El lector tal vez reconozca esa sensación de alivio cuando alguien explica de nuevo, o cuando alguien escucha sin apuro. Estas acciones no son neutras; afectan cómo el estudiante se siente frente al aprendizaje. Y ese sentir influye, más de lo que se admite, en la permanencia, el esfuerzo y la confianza para seguir adelante.

Al cerrar este apartado, queda claro que acompañar, reforzar y orientar no son sinónimos, aunque dialogan entre sí. Entender sus diferencias permite una tutoría más consciente y

humana. El lector puede llevarse esta idea sencilla: no siempre hace falta lo mismo. A veces se necesita presencia, otras práctica, otras dirección. Saber reconocerlo marca la diferencia entre una intervención mecánica y una acción pedagógica que realmente sostiene y transforma el proceso de aprender.

1.3. Perfil del tutor escolar que impacta resultados

Pensar en el perfil del tutor escolar lleva a recuerdos concretos: alguien que escuchó con paciencia y habló sin prisa. Como lector, tal vez recuerdes una voz calmada al final de la tarde, cuando aprender pesaba. Ese tutor no brillaba por discursos largos, sino por presencia constante y mirada atenta. Impactar resultados nace de ahí, de una relación cuidada, donde el estudiante se siente visto y acompañado mientras avanza, tropieza, vuelve a intentar y sigue adelante con esperanza tranquila siempre.

El tutor que impacta resultados conoce su materia, pero entiende personas. No actúa desde fórmulas rígidas; ajusta gestos, tiempos y palabras. El lector atento percibe que este perfil combina firmeza con cercanía. Hay normas claras, sí, aunque también flexibilidad humana. Ese equilibrio permite corregir sin herir y acompañar sin invadir. Así, el aprendizaje encuentra un clima estable, donde equivocarse no paraliza y avanzar se vuelve una experiencia posible, sostenida y compartida en el tiempo escolar diario, real y humano pleno.

Muchos piensan que el tutor efectivo nace de la formación técnica, pero hay algo más difícil de enseñar. Se trata de sensibilidad pedagógica, esa capacidad de leer silencios y gestos. Como lector, quizá recuerdes cuando alguien notó tu cansancio antes de que hablaras. Ese perfil observa con atención y responde con cuidado. No acelera procesos por cumplir, prefiere respetar ritmos y construir confianza, base silenciosa de resultados duraderos que sostienen trayectorias educativas largas, humanas, reales, vividas día tras día escolar.

El tutor que deja huella sabe comunicarse sin solemnidad excesiva. Usa ejemplos cotidianos, historias breves, comparaciones simples. El lector siente cercanía cuando la explicación se parece a una charla honesta. Ese perfil no necesita imponer autoridad; la construye con coherencia y respeto. Al actuar así, los estudiantes bajan defensas, preguntan más y se comprometen. Los resultados mejoran porque el aprendizaje ocurre en un ambiente donde la palabra circula sin miedo ni tensiones, favoreciendo permanencia, esfuerzo, sentido escolar compartido sostenido colectivamente.

Desde miradas recientes sobre tutoría integral, se reconoce que el perfil del tutor va más allá del aula. Lau Li, Quintana y Ramírez Mendoza (2025) describen una figura que articula gestión, acompañamiento académico y atención personal, fortaleciendo trayectorias escolares. Esta visión conecta con la experiencia diaria: cuando el tutor coordina, escucha y orienta, el estudiante percibe coherencia institucional. Ese entramado humano influye directamente en resultados, permanencia y confianza en el proceso educativo vivido día a día, real, cercano continuo pleno.

El lector puede preguntarse si este perfil se aprende o se cultiva con el tiempo. La experiencia muestra que ambas cosas dialogan. Hay formación, claro, pero también disposición interna. El tutor que impacta resultados revisa su práctica, acepta errores y ajusta decisiones. No actúa desde certezas rígidas, sino desde reflexión constante. Esa apertura se transmite al estudiante, quien aprende que equivocarse no define, sino que enseña y permite avanzar con mayor seguridad personal, académica, emocional, sostenida, diaria, compartida, consciente permanente.

Otro rasgo del tutor efectivo es la coherencia entre lo que dice y lo que hace. El lector percibe rápidamente cuando hay distancia entre discurso y acción. Un tutor congruente cumple acuerdos, respeta horarios y cuida el trato. Esa consistencia genera confianza, una base silenciosa del rendimiento. Los estudiantes responden mejor cuando sienten estabilidad. Aprender se vuelve

menos tenso, más ordenado, y los resultados reflejan ese clima construido día tras día con gestos simples humanos, constantes, visibles, cercanos, reales sostenidos.

El perfil del tutor que impacta resultados también incluye manejo emocional. No para convertirse en terapeuta, sino para reconocer estados de ánimo. El lector recuerda cómo el cansancio o la frustración afectan el estudio. Un tutor atento detecta esas señales y ajusta expectativas. A veces baja el ritmo, otras anima con firmeza. Esa lectura emocional evita abandonos silenciosos y sostiene la motivación. Aprender requiere cabeza y emoción trabajando juntas, sin negarse ni competir dentro del recorrido escolar, formativo, humano compartido.

También pesa la capacidad de trabajar con otros. El tutor efectivo dialoga con docentes, directivos y familias. El lector quizá haya visto esfuerzos aislados fracasar. Cuando hay coordinación, los mensajes se alinean y el estudiante recibe apoyo coherente. Este perfil entiende la escuela como red viva. No actúa en compartimentos cerrados. Al compartir información y decisiones, se multiplican las posibilidades de mejora. Los resultados no dependen de un gesto aislado, sino de un trabajo articulado constante, colectivo, sostenido, consciente institucional.

Al cerrar esta sección, el lector puede reconocer que el perfil del tutor que impacta resultados no es idealizado. Es humano, imperfecto, en construcción. Se equivoca, aprende y vuelve a intentar. Esa autenticidad conecta con los estudiantes. No se trata de figuras excepcionales, sino de prácticas coherentes sostenidas en el tiempo. Cuando el tutor escucha, acompaña y orienta con sentido, los resultados mejoran porque el aprendizaje se siente posible, cercano y valioso para quienes lo viven cada día, juntos, aprendiendo.

1.4. Tutorías preventivas vs. tutorías correctivas

Pensar en tutorías preventivas y correctivas despierta recuerdos escolares inmediatos. Como lector, quizá evocás reuniones tempranas que calmaban dudas antes de crecer, y otras tardías, cuando el problema ya pesaba. Las preventivas actúan como abrir ventanas a tiempo, dejando pasar aire fresco. Las correctivas llegan con herramientas en mano, reparando grietas visibles. Ambas conviven en la escuela real, con ritmos distintos, tonos diferentes y una misma intención: cuidar trayectorias de aprendizaje frágiles, humanas, que sostienen procesos cotidianos compartidos con atención.

Las tutorías preventivas se sienten anticipadas, casi silenciosas. Están presentes cuando todo parece ir bien, observando hábitos, tiempos y gestos mínimos. El lector puede recordar a alguien que preguntó antes del tropiezo. Esa intervención cuida sin alarmar, ordena rutinas y fortalece confianza. Funciona como marcar bordes suaves en un camino, evitando caídas innecesarias. No espera el error; trabaja antes, con constancia, diálogo frecuente y una mirada atenta sobre señales pequeñas del aprendizaje diario, que acompañan trayectorias escolares con continuidad humana.

Las tutorías correctivas, en cambio, aparecen cuando algo ya se rompió. El lector reconoce ese llamado urgente, esa sensación de llegar tarde. Aquí se revisan fallos, se reconstruyen contenidos y se contienen emociones cargadas. Es un trabajo más intenso, a veces incómodo, pero necesario. Como reparar una gotera, exige paciencia y precisión. No basta una charla breve; hay seguimiento, práctica repetida y palabras cuidadas para recuperar seguridad académica y volver a caminar con paso más firme, tras momentos difíciles compartidos.

Desde la experiencia, prevenir y corregir no compiten; dialogan. El lector atento entiende que una sostiene a la otra. La preventiva reduce riesgos y prepara terreno. La correctiva repara y

enseña a levantarse. Separarlas ayuda a decidir mejor cuándo actuar. En la práctica escolar, ambas se alternan según señales visibles y silencios prolongados. Saber leer esos tiempos evita intervenciones tardías o excesivas, y permite una tutoría más sensible, cercana, con ajustes oportunos y respeto por ritmos personales, presentes durante procesos.

Al pensar estas modalidades, investigaciones recientes aportan miradas útiles. Quiroga y Guzmán (2024) describen la acción tutorial preventiva como una práctica que atiende señales tempranas de malestar y convivencia, mientras la correctiva interviene ante situaciones ya instaladas, con acompañamiento sistemático. Esta lectura recuerda que actuar antes reduce daños posteriores, aunque reparar también educa. El lector reconoce aquí escenas escolares reales, donde anticiparse cuida vínculos y corregir sostiene aprendizajes cuando el quiebre ya ocurrió, en comunidades educativas y sensibles al cuidado.

Como lector, quizá te preguntes cuándo usar una u otra. La respuesta no es rígida. Hay momentos de observación tranquila y otros de intervención directa. Las tutorías preventivas acompañan desde temprano, creando hábitos estables. Las correctivas entran cuando el rendimiento cae y la confianza se resiente. Reconocer esta diferencia reduce frustraciones docentes y expectativas irreales. No todo problema pide urgencia, ni toda calma garantiza estabilidad duradera en los procesos de aprender compartidos cada día, con atención constante y cuidado humano.

Las preventivas trabajan como mantenimiento cotidiano. Revisan organización, motivación y hábitos de estudio antes del desgaste. El lector percibe su valor cuando pequeños ajustes evitan crisis mayores. No son visibles de inmediato, pero sostienen. Las correctivas, por su parte, requieren energía concentrada y acuerdos claros. Llegan con mayor carga emocional y piden constancia. Ambas demandan preparación docente y sensibilidad, porque intervenir en aprendizajes siempre toca historias personales y

trayectorias que importan, a estudiantes reales presentes en aulas vivas cada día.

En escuelas con alta carga académica, prevenir suele quedar relegado. El lector reconoce esa prisa por apagar incendios. Sin embargo, fortalecer tutorías preventivas aligera luego el trabajo correctivo. Es como ordenar la mesa antes de cocinar. Cuando hay seguimiento temprano, la corrección se vuelve más breve y focalizada. Esta combinación cuida tiempos, reduce tensiones y favorece aprendizajes más estables, sin exponer al estudiante a señalamientos tardíos o miradas punitivas, que afectan autoestima escolar y continuidad formativa cotidiana en trayectorias educativas.

Las tutorías correctivas no deben cargar estigma. El lector sabe cuánto pesa sentirse señalado. Cuando se aplican con cuidado, se convierten en espacios de reconstrucción. Se revisa, se practica, se vuelve a intentar. Esa repetición, bien acompañada, devuelve seguridad. La diferencia está en el tono y la intención. Corregir no es castigar; es sostener mientras se reorganiza el aprendizaje. Así, la intervención deja marca positiva y no una herida duradera, en procesos escolares compartidos con paciencia y cuidado humano.

Al final, prevenir y corregir forman un continuo vivo. El lector puede llevarse esta idea sencilla: atender antes reduce dolor después, y reparar también enseña. No hay recetas fijas, hay lectura atenta de señales y tiempos. Cuando la tutoría equilibra ambas miradas, el bajo rendimiento pierde fuerza. Se construyen trayectorias más estables, con apoyo oportuno y seguimiento cercano, donde aprender vuelve a sentirse posible y acompañado dentro de la experiencia escolar cotidiana, compartida entre docentes estudiantes y familias comprometidas activas.

1.5. Momentos clave para activar una tutoría efectiva

Pensar en los momentos adecuados para activar una tutoría efectiva despierta recuerdos inmediatos. Como lector, tal vez recuerdes señales pequeñas: una mirada cansada, tareas incompletas, silencios prolongados. Ahí comienza todo. No cuando el problema estalla, sino cuando algo cambia de tono. Reconocer ese instante requiere atención fina y cercanía diaria. La tutoría nace de observar con calma y actuar a tiempo, como ajustar una vela antes de que el viento cambie y complique el rumbo personal, educativo, humano, constante, real.

Hay momentos especialmente sensibles al inicio de un periodo escolar. El lector los reconoce: expectativas altas, rutinas aún frágiles, organización en construcción. Activar tutoría ahí ordena hábitos y reduce tensiones futuras. No se trata de corregir, sino de acompañar desde temprano. Conversar sobre horarios, métodos de estudio y metas posibles crea una base firme. Esa intervención temprana funciona como preparar el terreno antes de sembrar, evitando esfuerzos posteriores más pesados y cansancio acumulado innecesario académico, emocional, sostenido, cotidiano, paciente, consciente.

Otro momento clave aparece tras las primeras evaluaciones. El lector sabe ese nudo en el estómago al ver resultados inesperados. Activar tutoría aquí permite releer errores sin juicio y ajustar estrategias. No es tarde, pero tampoco temprano. Es un punto intermedio donde aún hay margen. Revisar métodos, tiempos y comprensión devuelve control. Como volver a calibrar un reloj, pequeños ajustes evitan desorden mayor y sostienen el avance sin romper el ánimo del estudiante académico, emocional, progresivo, constante, humano, cercano, atento.

Las ausencias repetidas también marcan un punto de atención. El lector reconoce cuando faltar deja de ser excepción y se vuelve patrón. Activar tutoría en ese momento abre preguntas

necesarias. ¿Qué pasa?, ¿qué pesa?, ¿qué se desordena? Escuchar antes de sancionar cambia todo. A veces hay cansancio, otras responsabilidades externas. Atender temprano evita desconexiones largas y mantiene el vínculo con la escuela vivo, presente, sostenido, incluso en trayectorias frágiles académicas, emocionales, personales, diversas, reales, complejas, persistentes, diarias, humanas, cuidadas, acompañadas.

También hay momentos silenciosos que piden tutoría. El lector quizá los recuerda: apatía, tareas hechas sin cuidado, participación mínima. No hay conflicto visible, pero algo se enfría. Activar tutoría aquí requiere sensibilidad y tacto. Conversar sin presión permite descubrir desinterés, cansancio o confusión acumulada. Actuar en este punto previene quiebres mayores. Es como notar una grieta fina y atenderla antes de que atraviese toda la pared del aprendizaje cotidiano escolar, personal, académico, humano, constante, atento, cercano, paciente, sostenido, consciente, real.

El cambio de ciclo o nivel educativo representa otro momento delicado. El lector recuerda esa mezcla de entusiasmo y temor. Nuevos docentes, exigencias distintas, ritmos acelerados. Activar tutoría ahí acompaña la transición. Se revisan hábitos previos y se ajustan expectativas. Nombrar lo que cambia tranquiliza. Esa intervención funciona como un mapa sencillo al inicio de un viaje largo, reduciendo pérdidas, confusión y abandono temprano dentro del recorrido formativo escolar, personal, académico, humano, compartido, sostenido, gradual, consciente, cercano, atento, paciente, real.

Desde estudios recientes sobre tutoría integral, se reconoce la importancia de activar acompañamientos en puntos estratégicos del recorrido escolar. Lau Li (2024) describe que una gestión educativa atenta identifica señales tempranas, transiciones y cambios de rendimiento para intervenir con oportunidad. Esta mirada dialoga con la experiencia diaria del aula. No se trata de

esperar fallas graves, sino de leer procesos en movimiento y responder con acciones oportunas que sostienen trayectorias y reducen rupturas innecesarias académicas, humanas, constantes, cuidadas, conscientes, compartidas.

Hay un momento especial cuando la motivación decae. El lector lo siente: estudio mecánico, desgano, falta de preguntas. Activar tutoría aquí renueva sentido. Conversar sobre metas, intereses y dificultades devuelve energía. No se imponen razones; se reconstruyen. Esa charla breve puede reencender compromiso y ordenar prioridades. Atender la motivación a tiempo evita arrastres largos y protege la relación del estudiante con el aprendizaje, que necesita sentido para sostener esfuerzo diario académico, personal, humano, cercano, constante, consciente, atento, paciente, sostenido, real.

Los conflictos interpersonales también activan tutoría efectiva. El lector recuerda cómo un problema social afecta estudio y ánimo. Ignorarlo agrava efectos. Intervenir en ese momento ordena emociones y previene aislamiento. Escuchar versiones, mediar palabras y acordar acciones devuelve equilibrio. La tutoría actúa como puente cuando la convivencia se tensa. Atender estas señales cuida el aprendizaje, porque nadie rinde bien cuando carga malestar sin espacio para ser dicho y acompañado con respeto mutuo, humano, cercano, constante, consciente, atento, paciente, sostenido, real.

Cerrar este apartado lleva a una idea clara: la tutoría efectiva depende del momento. El lector entiende que no todo tiempo es igual. Saber cuándo actuar marca diferencia. Escuchar señales, leer cambios y responder con cuidado transforma trayectorias. No hay fórmulas rígidas, hay atención viva. Activar tutoría en el instante adecuado sostiene aprendizajes y vínculos. Como llegar justo antes de la lluvia, se protege el camino y se avanza con mayor seguridad compartida educativa, humana, constante, consciente, cercana, paciente, real.

1.6. Tutoría individual, grupal y entre pares: cuándo usar cada una

Pensar en tutoría individual, grupal y entre pares despierta recuerdos distintos. Como lector, quizá evocas una charla a puerta cerrada, una ronda con compañeros o una explicación entre amigos. Cada modalidad tiene su ritmo y su lugar. No funcionan igual ni responden a las mismas necesidades. Elegirlas bien cambia la experiencia de aprender. La tutoría se parece a elegir calzado para caminar: depende del terreno, del momento y de quién avanza. Comprender esas diferencias evita cansancio y mejora resultados reales, visibles, sostenidos en trayectorias escolares humanas.

La tutoría individual se siente íntima, cercana. El lector reconoce ese espacio donde hablar sin testigos alivia. Aquí se atienden dudas profundas, inseguridades y ritmos particulares. Funciona bien cuando el estudiante necesita atención personalizada, silencio y tiempo propio. Es como ajustar un reloj delicado: cada movimiento cuenta. Esta modalidad permite observar gestos mínimos, hábitos de estudio y emociones que no aparecen en grupo. Bien usada, fortalece confianza y claridad, aunque exige tiempo y disposición constante por parte del tutor y del estudiante acompañados con cuidado mutuo.

La tutoría grupal cambia el aire. El lector recuerda mesas compartidas, risas nerviosas, preguntas que animan a otros. Aquí se aprovecha la fuerza del grupo. Funciona cuando hay dificultades comunes o cuando se busca construir hábitos colectivos. Escuchar dudas ajenas normaliza errores y reduce vergüenza. La tutoría grupal ordena contenidos y promueve intercambio. No profundiza tanto como la individual, pero gana en alcance y sentido de pertenencia. Bien conducida, genera apoyo mutuo y dinamiza el aprendizaje cotidiano con voces diversas, cercanas, reales, compartidas.

La tutoría entre pares tiene un tono distinto, más horizontal. El lector quizá recuerde aprender mejor cuando un compañero explicó con palabras simples. Esta modalidad aprovecha cercanía generacional y lenguaje compartido. Funciona cuando hay confianza y acuerdos claros. Enseñar refuerza al que explica y aclara al que escucha. No reemplaza al tutor adulto, pero complementa. Se parece a aprender caminando juntos, comparando pasos. Bien organizada, fortalece vínculos y autonomía, aunque requiere seguimiento para evitar errores persistentes o dependencias mal equilibradas en el proceso formativo compartido.

Elegir cuándo usar cada modalidad exige lectura atenta de necesidades. El lector entiende que no hay una mejor en abstracto. La individual conviene ante bloqueos personales; la grupal, frente a vacíos comunes; entre pares, para afianzar comprensión y cooperación. Alternarlas evita monotonía y sobrecarga. La tutoría se vuelve más efectiva cuando se adapta al momento. Esa flexibilidad refleja sensibilidad pedagógica y respeto por trayectorias distintas, donde cada estudiante avanza con apoyos variados, humanos, cercanos, sostenidos, atentos a ritmos y emociones cambiantes del aprendizaje diario.

En la práctica escolar, estas modalidades suelen combinarse. El lector reconoce procesos donde una sesión grupal detecta dificultades, luego una charla individual profundiza y finalmente un apoyo entre pares consolida. Esa secuencia cuida tiempos y energías. No todo necesita el mismo formato. Usar siempre la misma modalidad cansa y pierde eficacia. Alternar permite responder mejor a cambios. La tutoría gana sentido cuando se mueve, se ajusta y dialoga con la realidad viva del aula y de quienes aprenden allí, con historias propias, ritmos distintos, necesidades reales, compartidas.

Investigaciones recientes refuerzan esta mirada. Alegría Alegría (2024) plantea que la tutoría pedagógica mejora el

rendimiento cuando adapta modalidades según necesidades académicas y relacionales de los estudiantes. Esta idea dialoga con la experiencia cotidiana: no basta acompañar, importa cómo y con quién. Elegir modalidad adecuada potencia efectos. El lector reconoce aquí prácticas que funcionan porque respetan diferencias y aprovechan recursos humanos disponibles dentro de la comunidad educativa, fortaleciendo aprendizaje, compromiso y continuidad escolar en procesos compartidos, sostenidos, humanos, cercanos.

La tutoría individual demanda mayor carga docente. El lector lo intuye. Por eso no siempre es viable para todos. Reservarla para momentos sensibles la hace más valiosa. La grupal optimiza tiempo y favorece interacción. La tutoría entre pares amplía apoyos sin saturar al tutor. Pensarlas como herramientas, no como etiquetas fijas, ayuda a decidir. Esa mirada estratégica evita frustración y permite sostener acompañamiento a largo plazo sin agotar energías institucionales ni personales, cuidando a quienes enseñan y a quienes aprenden en equilibrio más humano, real y posible.

También hay un componente emocional en cada modalidad. La individual contiene, la grupal normaliza, la entre pares empodera. El lector puede sentirlo al recordarlas. Activar una u otra influye en cómo el estudiante se percibe. Sentirse escuchado, acompañado o útil para otros cambia la relación con el aprendizaje. Elegir bien impacta autoestima académica. Por eso, más allá de contenidos, estas modalidades trabajan vínculos. Y los vínculos sostienen el esfuerzo cuando el rendimiento flaquea y el camino se vuelve pesado en la experiencia escolar diaria compartida.

Al cerrar este apartado, queda una idea clara: no hay modalidad universal. El lector se lleva la certeza de que tutoría efectiva es elección consciente. Leer necesidades, combinar formatos y ajustar tiempos marca diferencia. Tutoría individual, grupal y entre pares se complementan. Juntas, ofrecen una red de

apoyo más amplia. Usarlas con sensibilidad transforma la experiencia educativa. El aprendizaje deja de ser solitario y se vuelve acompañado, compartido y posible, incluso cuando cuesta avanzar, porque hay otros caminando cerca, atentos, sosteniendo el proceso con humanidad constante.

1.7. Comunicación pedagógica que motiva al estudiante con bajo rendimiento

Hablar de comunicación pedagógica con estudiantes de bajo rendimiento toca fibras sensibles. Como lector, quizá recuerdas palabras que pesaron más que una nota. La forma de decir importa tanto como el contenido. Una frase dicha con cuidado puede abrir puertas internas cerradas por experiencias previas. Comunicar para motivar no es adornar el discurso, es ajustar tono, ritmo y mirada. Es hablar desde la cercanía, sin grandilocuencia, para que el estudiante sienta que aprender aún tiene lugar para él, aquí y ahora, sin juicios que bloqueen el avance cotidiano.

Cuando el rendimiento baja, la comunicación se vuelve terreno delicado. El lector reconoce ese silencio espeso tras una devolución dura. Motivar implica cuidar la palabra, elegirla con atención. No se trata de elogiar sin base, sino de reconocer esfuerzos reales, por pequeños que parezcan. Decir “vi que lo intentaste” cambia el clima. Esa comunicación sostiene cuando la confianza flaquea. Es como ofrecer un banco para sentarse un momento antes de seguir caminando, sin prisa ni reproches que desgasten.

La escucha activa es parte esencial de esta comunicación. El lector sabe cuándo alguien escucha de verdad. Mirar, asentir, esperar, no interrumpir. En esos gestos se construye motivación. El estudiante con bajo rendimiento suele cargar historias de fracaso. Darle espacio para hablar ordena emociones y reduce resistencia. A veces, la motivación nace de sentirse comprendido. No hay

fórmulas mágicas; hay presencia genuina. Escuchar bien permite responder mejor y ajustar palabras a necesidades reales, humanas, cambiantes, propias del aprendizaje vivido día a día.

La comunicación pedagógica también implica claridad. El lector recuerda confusión como fuente de desánimo. Explicar expectativas, criterios y pasos reduce ansiedad. Cuando el estudiante entiende qué se espera, la tarea se vuelve abordable. Hablar claro no significa simplificar en exceso, sino ordenar. Frases directas, ejemplos cotidianos, pausas oportunas. Esa forma de comunicar devuelve control. La motivación crece cuando el camino se ve posible, cuando no parece una pared lisa sino una escalera con peldaños visibles, alcanzables, humanos, construidos paso a paso con acompañamiento.

En la experiencia escolar, el tono importa tanto como el mensaje. El lector percibe cuándo una corrección viene cargada de ironía o cansancio. Eso apaga. En cambio, un tono sereno, firme y respetuoso sostiene. La comunicación motivadora evita comparaciones y etiquetas. Se centra en procesos, no en personas. Decir “aún falta trabajar esto” abre más que “siempre te equivocas”. Esa diferencia pequeña tiene efectos grandes en la disposición a intentar de nuevo, a persistir cuando cuesta, a no rendirse frente al error reiterado que pesa.

El trabajo colegiado también influye en cómo se comunica. Romero Morín (2023) destaca que la tutoría se fortalece cuando los docentes acuerdan formas comunes de comunicación, coherentes y respetuosas, evitando mensajes contradictorios. Esta idea resuena en la práctica diaria. Cuando el estudiante recibe palabras alineadas, la motivación se estabiliza. No hay confusión ni desgaste extra. La comunicación se vuelve red de apoyo, no ruido. El lector reconoce aquí la importancia de hablar con una sola voz pedagógica, humana, cuidadosa, que sostenga procesos frágiles y acompañe trayectorias escolares.

La retroalimentación es otro momento sensible. El lector recuerda comentarios escritos que dolieron más que ayudaron. Motivar implica señalar errores con cuidado y ofrecer caminos de mejora. No basta marcar fallos; hay que mostrar cómo avanzar. Una devolución bien comunicada funciona como linterna en un pasillo oscuro. Ilumina sin deslumbrar. Esa claridad reduce frustración y anima a seguir. El estudiante necesita sentir que el error no lo define, que es parte del recorrido y que hay acompañamiento para reorganizar el aprendizaje sin miedo.

También hay que cuidar el lenguaje corporal. El lector lo percibe aunque no lo nombre. Brazos cruzados, miradas esquivas, gestos de impaciencia comunican desinterés. Una postura abierta, una sonrisa breve, un gesto de aprobación silencioso motivan. La comunicación no es verbal únicamente. En tutoría, el cuerpo habla primero. Alinear gesto y palabra refuerza el mensaje. El estudiante con bajo rendimiento necesita coherencia para confiar. Cuando lo que se dice y lo que se muestra coincide, la motivación encuentra suelo firme donde apoyarse.

Motivar no significa evitar la exigencia. El lector sabe que bajar expectativas también desanima. La comunicación pedagógica efectiva combina apoyo con metas claras. Decir “sé que puedes” junto a “esto requiere trabajo” es honesto. Esa mezcla respeta al estudiante. No lo subestima ni lo presiona en exceso. Comunicar así construye responsabilidad compartida. El aprendizaje se vuelve tarea conjunta, no carga impuesta. Esa sensación de acompañamiento activo sostiene el esfuerzo incluso cuando los resultados tardan en aparecer y la paciencia se pone a prueba.

Al cerrar este apartado, queda una certeza: la comunicación pedagógica puede levantar o hundir. El lector se lleva la idea de que cada palabra cuenta. Motivar a estudiantes con bajo rendimiento no exige discursos brillantes, sino humanidad consciente. Escuchar, hablar claro, cuidar el tono y sostener coherencia transforma la experiencia educativa. Cuando la

comunicación acompaña, el aprendizaje se vuelve posible otra vez. No porque desaparezcan las dificultades, sino porque alguien las nombra con respeto y camina al lado mientras se buscan salidas reales.

1.8. Tutoría como espacio de confianza y seguridad académica

La tutoría como espacio de confianza se reconoce apenas se cruza la puerta. El lector recuerda ese ambiente donde la tensión baja y la respiración se acomoda. No hay miradas que juzgan ni silencios incómodos. La seguridad académica nace de sentirse a salvo para preguntar, errar y volver a intentar. Aprender así cambia todo. Es como sentarse en una mesa conocida, con luz tibia, donde las palabras fluyen sin miedo y el cuaderno deja de ser territorio hostil para convertirse en aliado cotidiano.

Construir confianza no ocurre de inmediato. El lector sabe que requiere tiempo, coherencia y gestos repetidos. Cumplir acuerdos, respetar confidencias, mantener un trato estable. Esos detalles sostienen el espacio tutorial. La seguridad académica crece cuando el estudiante percibe previsibilidad. Sabe qué esperar, cómo será escuchado. Esa calma reduce ansiedad y permite concentrarse en aprender. La tutoría se vuelve refugio breve dentro de jornadas exigentes, un lugar donde recomponer ideas y ánimo antes de seguir avanzando en el recorrido formativo diario.

El error, en este espacio, pierde su carga pesada. El lector recuerda cómo el miedo a equivocarse paraliza. En tutoría, el error se mira de frente, sin ironía. Se analiza, se entiende, se usa. Esa transformación genera seguridad. Aprender deja de doler. La confianza se fortalece cuando fallar no trae castigo, sino acompañamiento. Así, el estudiante se anima a intentar tareas más complejas. La tutoría sostiene ese riesgo saludable que permite crecer, avanzar y construir conocimiento con mayor soltura, paso a paso, sin tensiones innecesarias acumuladas.

La palabra del tutor tiene peso emocional. El lector percibe cuando una frase sostiene o hunde. En un espacio de confianza, la comunicación es clara y respetuosa. Se nombran dificultades sin etiquetar personas. Esa distinción protege la seguridad académica. El estudiante entiende que el problema es abordable. La tutoría se convierte en conversación honesta, donde se acuerdan metas posibles. Esa claridad ordena expectativas y reduce temor. Saber qué hacer y cómo hacerlo devuelve control y motivación para seguir estudiando con constancia real.

También influye el modo de escuchar. El lector sabe cuándo alguien escucha de verdad. En tutoría, la escucha atenta valida experiencias. No interrumpe, no minimiza. Esa actitud construye confianza profunda. El estudiante se atreve a decir lo que no entiende, lo que le cuesta, lo que lo frena. Al sentirse comprendido, baja defensas. La seguridad académica se alimenta de esa escucha silenciosa que abre camino a aprendizajes más conscientes, sin máscaras, sin actuaciones, con honestidad compartida entre quien acompaña y quien aprende.

Las investigaciones acompañan estas vivencias. Angulo y Urbina (2021) señalan que la tutoría integral fortalece la percepción de apoyo y confianza cuando el estudiante se siente escuchado y respaldado de manera constante. Esta mirada dialoga con la experiencia cotidiana: la seguridad académica no nace de discursos, sino de prácticas sostenidas. El lector reconoce que sentirse acompañado influye en permanencia, rendimiento y bienestar. La tutoría, vivida así, deja de ser trámite y se convierte en espacio significativo dentro de la trayectoria educativa personal.

El espacio físico también comunica seguridad. El lector recuerda salas ordenadas, sillas cercanas, ausencia de barreras. Esos detalles importan. Una tutoría cuidada en su ambiente invita a la calma. No hace falta lujo; basta coherencia. La seguridad académica se apoya en gestos simples: llegar a tiempo, apagar interrupciones, mirar a los ojos. Esa atención plena dice “importas”. El estudiante

responde con mayor apertura. Aprender en un lugar así se siente posible, menos tenso, más humano y sostenido por una relación respetuosa.

La confianza tutorial no elimina la exigencia. El lector entiende que seguridad no es permisividad. Al contrario, permite plantear metas claras sin temor. En un espacio seguro, el estudiante acepta correcciones porque sabe que no amenazan su valor personal. La tutoría combina apoyo y firmeza. Esa mezcla sostiene el esfuerzo. La seguridad académica crece cuando la exigencia es justa y el acompañamiento constante. Así, el aprendizaje avanza con paso firme, sin sobresaltos innecesarios, con responsabilidad compartida y claridad en el camino a recorrer.

Cuando la tutoría logra este clima, el impacto se extiende. El lector reconoce cómo la confianza construida se traslada al aula. Participar, preguntar, intentar. La seguridad académica no queda encerrada en la tutoría. Se filtra en otras experiencias escolares. El estudiante se siente más capaz. Esa sensación transforma la relación con el estudio. Aprender deja de ser amenaza y se vuelve tarea posible. La tutoría actúa como punto de apoyo desde donde se reorganiza la experiencia educativa completa, con efectos duraderos y humanos.

Al cerrar este apartado, queda una imagen clara: la tutoría como espacio cuidado. El lector se lleva la certeza de que confiar cambia la forma de aprender. La seguridad académica no se impone, se construye. Se teje con palabras, gestos y tiempos respetados. Cuando la tutoría ofrece ese suelo firme, el bajo rendimiento pierde peso. No porque desaparezcan las dificultades, sino porque hay un lugar donde enfrentarlas sin miedo, con apoyo real, cercanía y compromiso sostenido en el tiempo educativo compartido.

1.9. Errores frecuentes en la tutoría escolar y cómo evitarlos

Hablar de errores frecuentes en la tutoría escolar despierta una mezcla de reconocimiento y alivio. Como lector, quizá recuerdas sesiones bien intencionadas que no ayudaron como se esperaba. Uno de los fallos más comunes es pensar que tutoría equivale a repetir contenidos sin escuchar. Cuando eso ocurre, el espacio se vuelve pesado. Evitarlo implica frenar, preguntar, mirar al estudiante. La tutoría no es monólogo ni clase extra; es encuentro. Reconocer este error temprano permite transformar la experiencia y abrir un diálogo más humano y efectivo.

Otro error habitual aparece cuando se confunde tutoría con control. El lector ha sentido esa presión: revisar tareas, exigir resultados, marcar faltas. Así, la tutoría pierde sentido y se asocia a castigo. Evitarlo requiere cambiar el enfoque. Acompañar no es vigilar. Se trata de comprender procesos, no de acumular evidencias. Cuando el tutor abandona el rol fiscalizador, el estudiante baja defensas. La relación mejora y el aprendizaje avanza con mayor disposición, porque hay confianza y no temor constante.

También ocurre que la tutoría se vuelve improvisada. El lector reconoce charlas sin rumbo, llenas de buenas intenciones, pero sin seguimiento. Este error desgasta a ambos. Evitarlo implica tener claridad sobre objetivos y acuerdos. No hace falta rigidez, pero sí intención. Anotar compromisos, revisar avances, retomar conversaciones pendientes. Esa continuidad ordena el proceso. La tutoría gana coherencia y el estudiante percibe seriedad. Así, el espacio deja de ser anecdótico y se convierte en apoyo real dentro de la trayectoria escolar diaria.

Un fallo delicado es hablar demasiado y escuchar poco. El lector sabe cuándo una conversación se inclina siempre hacia el mismo lado. En tutoría, eso limita. Evitarlo exige silencio activo, preguntas abiertas y tiempo para que el estudiante piense. Escuchar

no es pasividad; es acción pedagógica. Cuando el tutor aprende a callar, aparecen claves importantes. La tutoría se vuelve más rica. El estudiante participa, se implica y siente que su voz importa. Ese cambio simple modifica profundamente el clima del encuentro.

Comparar estudiantes es otro error frecuente. El lector recuerda frases que pesan años después. “Mira cómo lo hace tu compañero” deja huella. Evitarlo implica centrar la mirada en procesos individuales. Cada trayectoria es distinta. La tutoría cuida esa singularidad. Cuando se abandona la comparación, el estudiante puede avanzar sin cargar expectativas ajenas. Se enfoca en mejorar respecto a sí mismo. Ese giro reduce ansiedad y fortalece la motivación. La tutoría recupera su función de apoyo y no de juicio.

A veces el error está en prometer más de lo posible. El lector reconoce tutorías cargadas de entusiasmo que luego no se sostienen. Evitarlo requiere honestidad. Es mejor plantear metas alcanzables y cumplirlas. La coherencia construye confianza. Cuando el tutor dice y hace lo mismo, el estudiante cree en el proceso. La tutoría no necesita grandes promesas, sino constancia. Pequeños avances sostenidos valen más que discursos inspiradores que se diluyen con el tiempo y dejan sensación de abandono.

Desde miradas más amplias sobre liderazgo educativo, Armour (2019) señala la importancia de prácticas reflexivas y coherentes para acompañar procesos formativos, evitando acciones aisladas que no generan impacto real. Esta idea dialoga con la tutoría escolar. El lector percibe que no basta buena voluntad. Pensar la tutoría como parte de un proyecto mayor ayuda a evitar errores repetidos y a sostener acciones que realmente influyen en el aprendizaje y en la confianza del estudiante.

Otro error frecuente es ignorar el estado emocional del estudiante. El lector sabe que nadie aprende bien cuando está cargado. Evitarlo implica observar, preguntar y ajustar expectativas.

La tutoría no reemplaza otros apoyos, pero sí puede contener. Reconocer cansancio, frustración o desánimo cambia el tono del encuentro. Cuando se valida la emoción, el estudiante se abre. Aprender vuelve a ser posible. La tutoría se humaniza y deja de ser un trámite más dentro de la agenda escolar apretada.

También se falla cuando la tutoría queda aislada del resto del equipo docente. El lector ha visto esfuerzos individuales que no conectan. Evitarlo requiere comunicación entre docentes, acuerdos básicos y coherencia en mensajes. Cuando cada adulto dice algo distinto, el estudiante se confunde. La tutoría gana fuerza cuando dialoga con el aula. No hace falta uniformidad absoluta, pero sí líneas compartidas. Esa articulación reduce errores y fortalece el acompañamiento desde distintos espacios educativos.

Cerrar este apartado implica aceptar que errar es parte del camino. El lector puede sentirse acompañado al reconocer estos fallos comunes. La clave está en revisarlos sin culpa y ajustar prácticas. La tutoría mejora cuando se piensa, se conversa y se corrige. Evitar errores no es perfección; es atención constante. Cuando el tutor aprende de su experiencia, el espacio tutorial se vuelve más auténtico, cercano y efectivo, capaz de sostener aprendizajes incluso en momentos difíciles del recorrido escolar.

1.10. Integración de la tutoría al plan institucional de apoyo académico

Integrar la tutoría al plan institucional cambia la sensación de parche por la de tejido firme. Como lector, recuerdas acciones dispersas que se diluyen. Cuando la tutoría se enlaza al plan, aparece continuidad. Hay horarios claros, responsables visibles, metas compartidas. El trabajo deja de depender del ánimo del día. Se parece a una casa bien ventilada: cada habitación cumple función y el aire circula. Así, el apoyo académico se percibe cercano, ordenado y confiable para estudiantes y docentes comprometidos presentes.

El lector sabe que un plan institucional sin tutoría pierde pulso humano. Integrarla significa conversar con directivos, docentes, familias. No como trámite, sino como acuerdo vivo. La tutoría se alinea con evaluaciones, refuerzos, alertas tempranas. Camina junto al calendario escolar. Evita improvisaciones que cansan. Cuando está escrita en el plan, se defiende en tiempos difíciles y se cuida como parte del proyecto común. Eso genera confianza diaria y sentido compartido duradero entre todos los actores educativos de la institución misma.

Integración también implica recursos, aunque modestos. El lector recuerda planes ambiciosos sin respaldo. Aquí, la tutoría pide tiempo protegido, formación básica, espacios definidos. No requiere grandes discursos. Requiere cuidado cotidiano. Cuando el plan reconoce estas necesidades, la tutoría respira. Se vuelve práctica posible y sostenida. Como una planta al borde de la ventana, crece con agua regular y luz suficiente, sin gestos grandilocuentes que acompañan procesos reales de aprendizaje diario en estudiantes diversos y persistentes a lo largo del año.

El lector puede preguntarse cómo evitar que la tutoría quede decorativa. Integrarla al plan responde. Allí se establecen rutas, criterios y seguimiento. No para vigilar, sino para cuidar coherencia. La tutoría dialoga con orientación, convivencia, evaluación. Se cruzan datos, se comparten miradas. Así, el apoyo académico deja de ser gesto aislado y se convierte en red. Una red que sostiene sin apretar cuando aparecen dificultades repetidas y silenciosas en trayectorias escolares frágiles y desiguales que requieren atención constante y humanidad.

Desde políticas públicas, Bali y Ramesh plantean que evaluar reformas exige herramientas adecuadas y capacidades críticas para sostenerlas en el tiempo (2019). Esta mirada, trasladada a la escuela, recuerda que integrar tutoría al plan no es añadir actividades. Es revisar si la institución cuenta con capacidades reales para acompañar. El lector siente alivio al leerlo: menos

acciones sueltas, más coherencia pensada y cuidada que beneficia aprendizajes sostenidos y vínculos duraderos en comunidades educativas diversas y activas a largo plazo institucional.

Integrar tutoría al plan también ordena tiempos. El lector recuerda jornadas saturadas donde nada cabe. Cuando el plan reconoce espacios tutorales, el calendario respira. Se evita superponer tareas. La tutoría tiene lugar propio, ritmo reconocible. Eso reduce desgaste docente y confusión estudiantil. No es magia. Es organización sensible. Como ajustar el paso al caminar juntos, para no dejar a nadie atrás ni correr de más en procesos de aprendizaje compartidos y humanos que valoran cuidado mutuo cotidiano dentro del plan.

El lector percibe que integrar tutoría fortalece identidad institucional. No es apéndice. Es parte del relato que la escuela cuenta sobre sí misma. Cuando el plan lo expresa, los nuevos docentes lo comprenden rápido. Los estudiantes también. Saben dónde acudir. La tutoría se vuelve referencia. Como un faro discreto en días nublados, orienta sin deslumbrar, acompaña sin ruido, permanece cuando hace falta para sostener trayectorias frágiles y esperanzas que atraviesan aulas, pasillos y tiempos con paciencia y constancia institucional compartida.

Integración efectiva también pide evaluación periódica. El lector teme controles fríos, pero aquí se trata de escucha. Revisar qué funciona, qué pesa, qué falta. Ajustar sin dramatismo. El plan institucional abre ese espacio. La tutoría aprende de su propia práctica. Se corrigen rumbos. Como afinar un instrumento antes del concierto, pequeños ajustes mejoran la armonía general del apoyo académico ofrecido a estudiantes con historias diversas y ritmos distintos que requieren seguimiento atento y respetuoso durante todo el año escolar vigente.

El lector quizás teme burocracia añadida. Integrar tutoría al plan no busca papeles extras. Busca sentido compartido. Cuando

el plan es claro, las decisiones fluyen. Se sabe qué hacer ante ausencias, bajo rendimiento, señales de alerta. La tutoría actúa con respaldo. Eso tranquiliza. Como tener mapa en viaje largo, no evita tropiezos, pero orienta y reduce angustia colectiva en comunidades escolares sometidas a presiones constantes de tiempo, recursos limitados y expectativas altas que pesan día a día sobre todos allí.

Al cerrar, integrar la tutoría al plan institucional se siente como acto de cuidado colectivo. El lector puede reconocerse en esa necesidad. No se trata de fórmulas. Se trata de coherencia vivida. Cuando la tutoría está en el plan, se protege. Se sostiene aun en cambios. Permanece como gesto pedagógico constante. Como una luz encendida al final del pasillo, no deslumbra, pero acompaña cada paso en trayectorias escolares largas y complejas que necesitan apoyo constante y humano bien articulado institucionalmente.

Capítulo 2:

Identificación temprana del bajo rendimiento académico

Avanzas por estas páginas como quien reconoce un territorio conocido y, al mismo tiempo, descubre matices nuevos. Desde la primera línea, te das cuenta de que hablar de tutoría y diagnóstico educativo no es hablar de procedimientos fríos, sino de trayectorias humanas que se cruzan cada día en el aula. Lees y recuerdas rostros, silencios, cuadernos a medio terminar. Este capítulo se abre ante ti con la intención de acompañar esa experiencia cotidiana, de poner palabras a aquello que muchas veces ya intuyes en la práctica. Como señalan Bayne y Gallagher (2021), la educación se vive en capas visibles e invisibles que influyen de manera directa en la forma en que se aprende y se participa.

A medida que sigues leyendo, sientes que la mirada se desplaza del resultado al proceso. Ya no observas la calificación aislada, sino la historia que la rodea. Cada estudiante aparece como una trama de gestos, hábitos, emociones y experiencias previas que dialogan entre sí. Este enfoque te permite comprender que el bajo rendimiento no aparece de forma repentina, sino que deja señales tempranas que esperan ser leídas con atención. Brunila y Nehring (2023) advierten que una educación centrada únicamente en indicadores termina simplificando realidades complejas. Aquí, en cambio, se apuesta por una lectura pedagógica más amplia y cuidadosa.

Te reconoces en la necesidad de actuar a tiempo, de no esperar a que la distancia académica se vuelva insalvable. El capítulo avanza mostrando que diagnosticar no equivale a etiquetar, sino a comprender para acompañar mejor. El diagnóstico rápido, cuando se aplica con sensibilidad, se convierte en una herramienta de cercanía y no de control. Brunila et al. (2019) explican que las prácticas educativas ganan sentido cuando evitan fijar identidades de fragilidad y se orientan a sostener el movimiento y la posibilidad de cambio. Esa idea atraviesa cada página que recorres.

Mientras avanzas, percibes el valor de lo breve y lo preciso. Instrumentos cortos, observaciones puntuales y conversaciones bien dirigidas aparecen como aliados silenciosos de la tutoría. No abruman, no exponen, pero iluminan. Capano y Woo (2018) sostienen que los sistemas robustos se caracterizan por su capacidad de adaptación ante la variabilidad. En la práctica tutorial, esta adaptabilidad se traduce en intervenciones ajustadas al ritmo real del estudiante, sin rigidez ni recetas únicas, con una atención constante a las señales que se repiten.

La lectura te lleva a diferenciar con mayor claridad situaciones que antes podían confundirse. No es lo mismo la falta de estudio que la desmotivación o las barreras cognitivas, aunque en la superficie parezcan similares. Cada una requiere una respuesta distinta, un tipo de acompañamiento específico. Al reconocer estas diferencias, la intervención gana justicia y eficacia. La evidencia presentada por Carlana y La Ferrara (2021) refuerza esta mirada, mostrando que las tutorías personalizadas generan mejores resultados cuando se ajustan a las necesidades reales y no a supuestos generalizados.

También te detienes en la importancia del entorno familiar y escolar. Comprendes que el aula no es un espacio aislado, sino un punto de encuentro de múltiples influencias. Las dinámicas del hogar, las relaciones entre pares y el clima institucional dialogan constantemente con el aprendizaje. Céspedes (2022) subraya que la convivencia y la orientación educativa se fortalecen cuando se reconocen estas interacciones y se trabaja desde la corresponsabilidad. Esta perspectiva amplía tu mirada y te permite leer conductas y actitudes con mayor profundidad.

El capítulo continúa y te muestra el valor de basar la tutoría en evidencias del aula. No se trata de acumular datos, sino de observar con intención lo que ocurre cada día. Trabajos, intervenciones orales, errores recurrentes y avances discretos se convierten en puntos de apoyo para el diálogo pedagógico. Costa y

Garmston (2016) destacan que el acompañamiento cognitivo favorece la reflexión y la autorregulación del aprendizaje. Desde esta lógica, la tutoría se transforma en un espacio de análisis compartido y crecimiento progresivo.

Al llegar a la idea de priorización, reconoces una tensión habitual en la práctica docente. No todos los estudiantes requieren el mismo tipo de apoyo al mismo tiempo. Aprender a identificar niveles de urgencia académica permite actuar con mayor sentido de equidad. Dunlop y Radaelli (2017) explican que el aprendizaje se potencia cuando existen ciclos de observación, decisión y ajuste. En la tutoría, esta dinámica ayuda a distribuir esfuerzos sin perder de vista la singularidad de cada trayectoria.

El registro y el seguimiento aparecen entonces como una forma de memoria pedagógica. Registrar no es burocratizar, sino dar continuidad al acompañamiento. Cada anotación se vuelve un recordatorio de acuerdos, avances y obstáculos persistentes. García (2021) señala que el seguimiento sistemático mejora la toma de decisiones y evita intervenciones improvisadas. Al leer esta parte, confirmas que la constancia y la atención sostenida construyen confianza y permiten intervenir antes de que el desaliento gane terreno.

Te encuentras con la toma de decisiones pedagógicas basada en el diagnóstico. Comprendes que decidir es asumir una responsabilidad ética y profesional. No hay fórmulas cerradas, pero sí criterios que orientan la acción. Kidjie (2019) plantea que las decisiones educativas ganan fuerza cuando se apoyan en diagnósticos claros y revisables. Cierras el capítulo con la sensación de haber recorrido un camino coherente, donde la tutoría aparece como un espacio vivo de acompañamiento, ajuste y cuidado, pensado para sostener aprendizajes posibles y trayectorias que siguen abiertas.

2.1. Señales visibles e invisibles del bajo rendimiento

El bajo rendimiento académico no siempre grita; a veces carraspea bajito. Hay señales visibles que se dejan ver en el aula y pesan como mochilas mojadas: tareas incompletas, calificaciones que caen en picada, cuadernos desordenados, miradas que esquivan. El estudiantado llega tarde, se va antes, o permanece presente sin estarlo del todo. Estas huellas no aparecen de la nada; se repiten, se acumulan y generan una sensación de desgaste compartido. En la enseñanza cotidiana, leer estos indicios tempranos abre la puerta a una tutoría que acompaña y no espera al tropiezo final.

Pero también existen señales invisibles, más silenciosas que un recreo vacío. Se sienten en la falta de confianza, en la ansiedad que aprieta el pecho antes de participar, en el miedo a equivocarse frente a otros. Son emociones que no figuran en los registros, aunque moldean cada intento de aprender. Bayne y Gallagher (2021) recuerdan que la experiencia educativa se vive tanto en lo afectivo como en lo cognitivo, y que ignorar esa dimensión empobrece cualquier intervención. El bajo rendimiento, visto desde aquí, tiene textura emocional y deja marcas internas difíciles de nombrar.

En ocasiones, el cuerpo habla antes que la palabra escrita. Dolores frecuentes, cansancio persistente, irritabilidad sin causa aparente pueden acompañar trayectorias académicas frágiles. El aula se vuelve un lugar pesado, casi ajeno. Estos signos, aunque discretos, piden atención pedagógica y humana. La tutoría efectiva aprende a escuchar ese lenguaje corporal y emocional, reconociendo que aprender no es una operación mecánica. Tal como advierten Bayne y Gallagher (2021), la educación contemporánea se entrelaza con experiencias vividas que influyen en la participación y el compromiso, aun cuando no se mencionen explícitamente.

Las tecnologías educativas también dejan rastros del bajo rendimiento. Conexiones intermitentes, entregas digitales vacías, participación mínima en entornos virtuales revelan distancias que no siempre se notan a simple vista. Detrás de una pantalla apagada puede haber desorientación, vergüenza o sensación de no pertenecer. Bayne y Gallagher (2021) plantean que los futuros educativos requieren una mirada ética y sensible hacia estas prácticas digitales, reconociendo que el aprendizaje mediado amplifica tanto oportunidades como brechas emocionales y académicas.

Desde la mirada del tutor o la tutora, identificar estas señales implica cercanía y paciencia. No se trata de vigilar, sino de acompañar. Un cambio de actitud, una pregunta que no llega, un silencio prolongado dicen tanto como una nota baja. Cuando el adulto educativo valida esas manifestaciones, el vínculo se fortalece y el rendimiento encuentra un terreno más fértil. La detección temprana actúa como un gesto de cuidado, una forma de decir "te veo", antes de que el desánimo se instale con raíces profundas.

Reconocer señales visibles e invisibles del bajo rendimiento transforma la tutoría en un espacio de encuentro. El aprendizaje deja de medirse únicamente en números y empieza a sentirse en la recuperación del ánimo, la participación gradual y la confianza que vuelve. Bayne y Gallagher (2021) insisten en que las prácticas educativas del futuro deben atender la complejidad de estas experiencias, integrando lo académico con lo humano. Así, el bajo rendimiento deja de ser una etiqueta y se convierte en una historia que puede reescribirse con apoyo oportuno.

2.2. Lectura pedagógica de calificaciones, conductas y actitudes

Leer calificaciones va mucho más allá de mirar números alineados en una tabla. Cada nota cuenta una historia incompleta, como una fotografía recortada. A veces refleja esfuerzo; otras,

cansancio, desconexión o una estrategia que no funcionó. Desde la tutoría, la lectura pedagógica invita a mirar detrás del resultado y preguntarse qué pasó en el camino. Brunila y Nehring (2023) advierten que una mirada excesivamente técnica sobre el rendimiento corre el riesgo de fabricar identidades académicas rígidas. Por eso, interpretar calificaciones requiere sensibilidad, pausa y disposición a escuchar lo que no está escrito.

Las conductas en el aula hablan con gestos cotidianos. Un estudiante que evita levantar la mano, otro que interrumpe constantemente, alguien que parece estar en otro lugar aunque mire al frente. Estas acciones no son ruido; son mensajes. Leídas pedagógicamente, permiten comprender vínculos con el aprendizaje, con el grupo y consigo mismo. En lugar de etiquetar, la tutoría observa patrones, cambios, tensiones. Brunila y Nehring (2023) señalan que gobernar la educación desde indicadores aislados reduce la complejidad humana. Mirar conductas con cuidado devuelve profundidad a la práctica educativa.

Las actitudes frente al aprendizaje cargan un peso emocional que se filtra en cada actividad. Entusiasmo apagado, resistencia, indiferencia o miedo al error dibujan trayectorias frágiles. Estas posturas no nacen en el vacío; se construyen con experiencias previas, expectativas y relaciones. La lectura pedagógica reconoce esas capas y evita interpretaciones rápidas. Tal como plantean Brunila y Nehring (2023), los discursos orientados al futuro pueden presionar al estudiantado a encajar en moldes de rendimiento ideal. La tutoría, en cambio, abre espacios para resignificar actitudes y recuperar confianza.

Cuando calificaciones, conductas y actitudes se observan juntas, aparece una imagen más honesta. Un buen resultado con ansiedad constante, o una nota baja acompañada de perseverancia, dicen cosas muy distintas. La tutoría efectiva aprende a entrelazar estas señales como hilos de una misma trama. No se trata de controlar, sino de comprender. Brunila y Nehring (2023) alertan

sobre los riesgos de una educación que fabrica perfiles futuros a partir de datos fragmentados. Leer pedagógicamente implica resistir esa lógica y sostener una mirada humana.

Esta lectura también interpela al adulto educativo. Invita a revisar expectativas, prácticas y formas de acompañar. A veces, una actitud desafiante refleja una consigna poco clara; otras, una calificación baja dialoga con métodos que no conectan. La tutoría se vuelve espejo y puente. Al reconocer estas interacciones, se genera un clima donde el error no pesa como sentencia. En línea con Brunila y Nehring (2023), cuestionar esquemas de medición rígidos permite devolver agencia al proceso educativo y al vínculo pedagógico.

Al final, leer pedagógicamente es un acto de cuidado. Significa detenerse, mirar con otros ojos y escuchar con el cuerpo entero. Calificaciones, conductas y actitudes dejan de ser piezas sueltas y forman un relato en movimiento. Desde ahí, la tutoría acompaña trayectorias reales, no ideales. Brunila y Nehring (2023) recuerdan que una educación orientada al futuro no debería sacrificar la complejidad del presente. Esa complejidad, leída con atención, abre caminos para intervenir a tiempo y sostener aprendizajes más vivos.

2.3. Diagnóstico rápido para tutorías focalizadas

El diagnóstico rápido en tutorías focalizadas funciona como una toma de pulso. No es un examen largo ni un formulario frío, sino una lectura ágil que busca entender qué duele y dónde. En pocos minutos se recogen pistas: errores que se repiten, dudas que regresan, silencios que pesan. Esta práctica evita largas esperas y permite actuar cuando el malestar académico aún es reversible. Brunila et al. (2019) advierten que etiquetar apresuradamente puede aumentar la sensación de fragilidad en jóvenes. Por eso, el diagnóstico breve necesita tacto, cercanía y una escucha que no juzga.

En la tutoría, este diagnóstico se construye conversando, observando, compartiendo tareas cortas. Una actividad sencilla revela más que una prueba extensa: estrategias usadas, inseguridades, bloqueos. El estudiante siente que alguien se interesa de verdad, y esa sensación afloja la tensión. Brunila et al. (2019) critican prácticas educativas que refuerzan identidades vulnerables mediante mediciones constantes. Frente a ello, el diagnóstico rápido apuesta por reconocer capacidades existentes y áreas a fortalecer, sin convertir la dificultad en rasgo permanente ni en marca pública.

La rapidez no implica superficialidad. Al contrario, exige atención fina. Una respuesta incompleta puede hablar de confusión conceptual o de miedo a equivocarse. Un "no sé" repetido puede esconder cansancio o experiencias previas de fracaso. La tutoría focalizada interpreta estos indicios y decide un camino inmediato de apoyo. Según Brunila et al. (2019), interrumpir lógicas neoliberales en educación requiere prácticas que no reduzcan al estudiante a datos. Este tipo de diagnóstico mantiene la mirada humana incluso bajo presión de tiempo.

También hay un componente emocional que se detecta en segundos. Postura corporal, tono de voz, disposición al diálogo. Cuando el tutor valida estas señales, se construye confianza. El diagnóstico rápido se vuelve un gesto de cuidado más que un trámite. Brunila et al. (2019) señalan que la gobernanza educativa basada en precisión puede intensificar sentimientos de exposición. Una tutoría sensible contrarresta ese efecto, ofreciendo un espacio seguro donde la dificultad se nombra sin vergüenza y el apoyo llega pronto.

Este enfoque permite focalizar la intervención sin dispersarse. En lugar de planes generales, se diseñan acciones pequeñas y claras: reforzar un procedimiento, aclarar una idea, practicar con acompañamiento. El estudiante percibe avance inmediato, y esa experiencia renueva la motivación. Brunila et al.

(2019) destacan la importancia de romper con discursos que fijan a los jóvenes en posiciones de carencia. El diagnóstico rápido, bien usado, impulsa movimiento y evita que el bajo rendimiento se cristalice.

Al final, diagnosticar rápido es decidir no mirar hacia otro lado. Es elegir intervenir con respeto, antes de que la distancia académica crezca. La tutoría focalizada se apoya en esta lectura ágil para sostener trayectorias reales, con sus ritmos y altibajos. Brunila et al. (2019) recuerdan que una educación más justa requiere interrumpir prácticas que amplifican vulnerabilidad. En ese gesto breve y atento, la tutoría encuentra una herramienta potente para acompañar, reparar y volver a empezar.

2.4. Uso de instrumentos breves para detectar dificultades de aprendizaje

El uso de instrumentos breves para detectar dificultades de aprendizaje se parece a encender una linterna en un pasillo largo. No alumbra todo, pero permite dar los primeros pasos sin tropezar. En tutoría, estas herramientas cortas —cuestionarios rápidos, ejercicios diagnósticos, conversaciones guiadas— ofrecen señales tempranas sin abrumar. El estudiante no se siente examinado, sino acompañado. Capano y Woo (2018) destacan que los procesos robustos se apoyan en mecanismos flexibles, capaces de adaptarse sin rigidez. Esa flexibilidad es la que vuelve útiles estos instrumentos en escenarios educativos cambiantes.

Estos recursos funcionan bien porque respetan el tiempo y la energía emocional de quienes aprenden. Una actividad breve puede revelar fallas de comprensión, vacíos previos o estrategias poco eficaces. También puede mostrar fortalezas que habían pasado desapercibidas. En lugar de largas evaluaciones, la tutoría apuesta por momentos precisos, casi quirúrgicos. Capano y Woo (2018) señalan que la robustez de una política no depende de su tamaño, sino de su capacidad de responder ante la variabilidad. En

educación, esa respuesta ágil marca la diferencia entre intervenir temprano o llegar tarde.

Hay algo profundamente humano en lo breve. Un ejercicio corto baja la guardia, reduce ansiedad y abre la puerta al diálogo. El estudiante respira distinto, se anima a intentar. Desde ahí, la tutoría recoge información valiosa sin convertir la dificultad en espectáculo. Capano y Woo (2018) sostienen que los buenos diseños incorporan márgenes de ajuste continuo. Aplicado al aula, esto implica instrumentos que se revisan, se adaptan y se ajustan al grupo y a la persona, evitando recetas fijas.

Estos instrumentos también ayudan al tutor a tomar decisiones informadas sin paralizarse por exceso de datos. Una hoja, una consigna, una conversación de diez minutos orientan la acción inmediata. Se gana claridad y foco. Capano y Woo (2018) plantean que la robustez se construye articulando resultados y procesos, no separándolos. En la tutoría, el instrumento breve conecta ambos: entrega información y, al mismo tiempo, fortalece el vínculo pedagógico al mostrar interés genuino por el proceso del estudiante.

El valor de estas herramientas está en su uso cuidadoso. No buscan clasificar ni etiquetar, sino abrir caminos de apoyo. Cuando se aplican con sensibilidad, se convierten en gestos de cuidado académico. El estudiante percibe que alguien presta atención a sus tropiezos sin dramatizarlos. Capano y Woo (2018) advierten que los sistemas efectivos evitan respuestas extremas ante señales iniciales. En educación, eso se traduce en intervenciones proporcionadas, ajustadas y humanas.

Al final, los instrumentos breves son aliados silenciosos de la tutoría efectiva. Permiten detectar, acompañar y actuar sin ruido innecesario. En esa sencillez reside su potencia. Cada aplicación deja una huella de confianza y claridad. Capano y Woo (2018) recuerdan que la estabilidad se logra aceptando la incertidumbre y

trabajando con ella. La tutoría, armada con herramientas pequeñas pero bien pensadas, sostiene el aprendizaje desde esa misma lógica: atenta, flexible y cercana.

2.5. Diferenciar falta de estudio, desmotivación y barreras cognitivas

Diferenciar entre falta de estudio, desmotivación y barreras cognitivas es un acto de escucha profunda. No todo bajo rendimiento nace del mismo lugar. A veces el cuaderno está vacío porque nadie enseñó a organizar el tiempo; otras, porque el ánimo pesa más que la mochila. Y en ciertos casos, porque la mente procesa la información por caminos distintos. Confundir estas realidades es como tratar de curar fiebre, tristeza y fracturas con la misma receta. La identificación temprana pide mirar más allá de la nota, leer gestos, silencios y cansancios, y aceptar que aprender también es un acto emocional.

La falta de estudio suele estar ligada a hábitos frágiles, no a incapacidad. El estudiante quiere avanzar, pero no sabe por dónde empezar. Hay ruido en casa, horarios caóticos, tareas que se amontonan como papeles al viento. Aquí el error frecuente es interpretar el incumplimiento como desinterés. Sin embargo, cuando se brinda acompañamiento estructurado, el cambio aparece. La evidencia sobre tutorías personalizadas muestra mejoras claras cuando se orienta el esfuerzo y se ofrece guía cercana, incluso en modalidades virtuales (Carlana & La Ferrara, 2021). El estudio florece cuando alguien enciende la luz del camino.

La desmotivación, en cambio, tiene otra textura. No es pereza; es desgaste. El estudiante se sienta, abre el libro, pero el sentido se ha evaporado. Tal vez acumuló fracasos, tal vez escuchó demasiadas veces que “no puede”. El cuerpo está presente, la mente no. En estos casos, insistir con más tareas agranda la distancia. Lo que hace falta es vínculo, reconocimiento y metas alcanzables. La investigación sobre tutorías durante la pandemia destaca el valor

del acompañamiento humano para reconstruir la confianza académica y el compromiso emocional con el aprendizaje (Carlana & La Ferrara, 2021).

Las barreras cognitivas suelen pasar desapercibidas y, por eso, duelen más. El estudiante se esfuerza, estudia, repite, y aun así no logra los resultados esperados. Hay dificultades en la atención, la memoria de trabajo o el procesamiento del lenguaje que interfieren de manera persistente. No se trata de falta de voluntad. Aquí la frustración se instala temprano y el riesgo de etiquetar es alto. Reconocer estas barreras permite ajustar estrategias, tiempos y formatos. Las tutorías efectivas, adaptadas a necesidades específicas, muestran efectos positivos cuando respetan ritmos y estilos de aprendizaje (Carlana & La Ferrara, 2021).

Distinguir estas tres realidades cambia la forma de intervenir. La falta de estudio pide organización; la desmotivación, sentido y afecto; las barreras cognitivas, apoyos especializados. Cuando se confunden, el mensaje que recibe el estudiante es injusto y desalentador. La identificación temprana actúa como un puente: evita el abandono, reduce la ansiedad y devuelve la esperanza. No se trata de diagnosticar desde la distancia, sino de acompañar de cerca, con preguntas abiertas y mirada sensible, entendiendo que el rendimiento académico es un síntoma, no la enfermedad.

Al final, tutorizar es un acto de humanidad. Es sentarse al lado y decir “te veo”. La experiencia reciente de tutorías en línea demostró que la cercanía no depende del espacio físico, sino de la intención pedagógica y del vínculo construido (Carlana & La Ferrara, 2021). Diferenciar falta de estudio, desmotivación y barreras cognitivas no es un ejercicio teórico; es una forma de cuidar. Cuando el estudiante siente que alguien entiende lo que le pasa, el aprendizaje deja de ser una carga y empieza, lentamente, a respirar.

2.6. Análisis del contexto familiar y escolar del estudiante

Hablar del entorno familiar y escolar del estudiante es acercarse a la raíz de muchas conductas que vemos en el aula. Nada ocurre en el vacío. El niño o adolescente llega cada día cargando historias, rutinas, tensiones y afectos que influyen en su manera de aprender. A veces llega con el olor del desayuno compartido; otras, con el peso del silencio en casa. Mirar esta realidad permite comprender reacciones, ausencias y bloqueos. La identificación temprana del bajo rendimiento se fortalece cuando el tutor afina la mirada y entiende que aprender también es convivir.

La familia es el primer espacio donde se construyen hábitos, expectativas y emociones frente al estudio. Hay hogares que acompañan, preguntan y celebran avances pequeños; otros viven jornadas largas de trabajo, cansancio y preocupaciones que reducen el tiempo de apoyo escolar. Ninguna de estas realidades define al estudiante, pero sí influye en su disposición diaria. Céspedes (2022) señala que la tutoría cobra valor público cuando reconoce las dinámicas familiares y dialoga con ellas desde el respeto, generando confianza y corresponsabilidad educativa.

En la escuela, la convivencia marca el pulso del aprendizaje. Un clima tenso, normas poco claras o relaciones frías pueden apagar el interés más rápido que una tarea difícil. En cambio, un espacio donde el estudiante se siente escuchado actúa como refugio. La tutoría no se limita a revisar calificaciones; observa interacciones, gestos en el recreo, silencios prolongados. Según Céspedes (2022), una convivencia bien gestionada fortalece el sentido de pertenencia y crea condiciones favorables para la orientación académica y personal.

El análisis del entorno familiar y escolar permite detectar señales tempranas que no aparecen en los exámenes. Cambios de humor, retraimiento o conductas disruptivas hablan de algo más

profundo. El tutor atento conecta piezas: una separación reciente en casa, un conflicto con pares, un docente con quien no hay sintonía. Este tejido de relaciones influye en la concentración y la autoestima académica. Comprenderlo evita juicios rápidos y abre la puerta a intervenciones más humanas y ajustadas a cada historia.

Cuando familia y escuela caminan en direcciones opuestas, el estudiante queda en medio, intentando equilibrar expectativas contradictorias. La tutoría actúa como puente. Facilita el diálogo, aclara acuerdos y promueve mensajes coherentes. Céspedes (2022) destaca que los modelos de convivencia orientados al bien común fortalecen la comunicación entre actores educativos, reduciendo tensiones y favoreciendo procesos de acompañamiento sostenidos. No se trata de controlar, sino de tejer redes que sostengan el aprendizaje.

Al final, analizar el entorno familiar y escolar es un acto de cuidado. Es mirar al estudiante completo, no fragmentado en notas o reportes. La identificación temprana del bajo rendimiento gana profundidad cuando se escucha con empatía y se observa con sensibilidad. La tutoría efectiva reconoce que cada estudiante es parte de una trama viva de relaciones. Cuando esa trama se comprende y se acompaña, el aprendizaje deja de ser una carga pesada y se convierte en un camino posible, acompañado y más amable.

2.7. Tutoría basada en evidencias del aula

Hablar de tutoría basada en evidencias del aula es hablar de decisiones con los pies en la tierra. No nace de intuiciones aisladas ni de impresiones pasajeras, sino de señales visibles: trabajos incompletos, miradas perdidas, avances pequeños que se repiten. El aula deja huellas todos los días y el tutor atento aprende a leerlas. Esta forma de acompañar tiene algo de artesanía y algo de ciencia. Se observa, se registra, se conversa y se ajusta. Así, la

identificación temprana del bajo rendimiento se apoya en hechos cercanos, palpables, que cuentan historias reales de aprendizaje.

Las evidencias no viven únicamente en exámenes. También están en cuadernos desordenados, en preguntas que se repiten, en silencios prolongados. La tutoría eficaz recoge estos indicios y los transforma en oportunidades de crecimiento. Costa y Garmston (2016) destacan que el acompañamiento cognitivo promueve la reflexión del estudiante sobre sus propios procesos, fortaleciendo la autonomía. Cuando el tutor dialoga a partir de evidencias del aula, el estudiante se siente visto, no juzgado. Ese reconocimiento abre la puerta a conversaciones honestas y a metas alcanzables.

Una tutoría basada en evidencias cambia el tono del encuentro. Ya no gira alrededor de reproches, sino de análisis compartido. "Aquí te detuviste", "aquí avanzaste con más seguridad". Estas frases, sencillas y concretas, generan confianza. El estudiante empieza a identificar patrones en su desempeño y a tomar decisiones informadas. Costa y Garmston (2016) señalan que este tipo de diálogo fomenta líderes y aprendices autorregulados, capaces de pensar sobre su propio aprendizaje con mayor claridad y responsabilidad.

El aula se convierte así en un laboratorio vivo. Cada actividad deja datos que orientan la intervención tutorial. No se trata de acumular información, sino de interpretarla con sensibilidad. El tutor indaga, escucha y contrasta percepciones con evidencias reales. Este proceso evita etiquetas apresuradas y permite ajustes oportunos. La tutoría deja de ser reactiva y se vuelve preventiva, acompañando antes de que la frustración se instale. La evidencia actúa como un espejo amable que muestra avances y áreas de mejora sin herir.

Además, trabajar con evidencias fortalece la relación pedagógica. El estudiante percibe coherencia entre lo que ocurre en clase y lo que se conversa en tutoría. No hay discursos abstractos,

hay referencias claras a su experiencia diaria. Costa y Garmston (2016) resaltan que el coaching cognitivo se apoya en preguntas mediadoras que invitan a pensar, no a obedecer. Este enfoque genera un clima de respeto mutuo, donde aprender es un proceso compartido y dinámico.

La tutoría basada en evidencias del aula es una forma de cuidado profesional. Permite acompañar con intención, ajustar con precisión y sostener con empatía. La identificación temprana del bajo rendimiento gana fuerza cuando se apoya en lo que el aula muestra cada día. El tutor se convierte en un aliado que camina al lado, leyendo señales y ofreciendo apoyo oportuno. Así, el aprendizaje recupera sentido y el estudiante encuentra un espacio donde crecer con confianza y dirección.

2.8. Priorización de estudiantes según nivel de urgencia académica

Priorizar estudiantes según nivel de urgencia académica es un ejercicio de responsabilidad y sensibilidad. No todos requieren la misma intensidad de acompañamiento en el mismo momento. Algunos caminan con paso inseguro, otros ya están al borde del cansancio. La tutoría efectiva aprende a leer esas señales tempranas y a decidir con criterio humano. Esta priorización no es exclusión; es cuidado estratégico. Permite actuar a tiempo, cuando una dificultad todavía es reversible y el estudiante aún conserva energía emocional para intentarlo otra vez. Elegir bien a quién atender primero también es una forma de justicia educativa.

La urgencia académica se manifiesta de maneras diversas. Hay estudiantes con caídas abruptas en el rendimiento, otros con ausencias reiteradas o con bloqueos persistentes frente a tareas básicas. Estas señales piden atención inmediata. La identificación temprana se fortalece cuando el tutor articula información del aula, observaciones docentes y diálogos directos. Dunlop y Radaelli (2017) explican que los procesos de aprendizaje efectivos se activan

cuando se reconocen patrones y se toman decisiones informadas, conectando niveles micro y macro de acción. En tutoría, esa conexión se traduce en intervenciones oportunas y focalizadas.

Priorizar no significa etiquetar ni reducir al estudiante a un indicador. Es una lectura dinámica, que cambia con el tiempo. Un alumno hoy estable puede requerir apoyo intensivo mañana. Por eso, la tutoría necesita flexibilidad y revisión constante. Dunlop y Radaelli (2017) plantean que el aprendizaje institucional ocurre cuando hay retroalimentación continua y ajustes progresivos. En el ámbito educativo, esta idea se refleja en la capacidad del tutor para reorganizar esfuerzos según la urgencia real, sin perder de vista la dignidad y la historia personal de cada estudiante.

La sensación de urgencia también tiene un componente emocional. El estudiante que se siente desbordado transmite señales claras: ansiedad, desconexión, resistencia. Ignorarlas puede profundizar el bajo rendimiento. La priorización bien aplicada actúa como un salvavidas lanzado a tiempo. Permite concentrar recursos, tiempo y energía donde más se necesitan. Esta lógica de intervención gradual coincide con lo planteado por Dunlop y Radaelli (2017), quienes destacan que el aprendizaje efectivo se construye mediante ciclos de acción, reflexión y ajuste permanente.

Desde la perspectiva del tutor, priorizar ordena la tarea y reduce la sensación de estar apagando incendios sin descanso. Se trabaja con intención y foco. El acompañamiento gana profundidad porque hay claridad en los objetivos y en los tiempos. Además, el estudiante percibe ese cuidado diferenciado y responde con mayor apertura. La tutoría deja de ser reactiva y se vuelve estratégica. Así, la identificación temprana del bajo rendimiento se transforma en una práctica sostenida, coherente con una visión de aprendizaje como proceso vivo y en movimiento.

Priorizar según nivel de urgencia académica es una decisión ética. Es elegir estar donde más se necesita, cuando todavía

hay margen para cambiar la trayectoria. La evidencia teórica respalda esta mirada: el aprendizaje que genera transformación nace de decisiones conscientes y bien orientadas (Dunlop & Radaelli, 2017). En tutoría, esta práctica devuelve esperanza, ordena esfuerzos y reafirma que cada estudiante importa. No todos al mismo ritmo, no todos al mismo tiempo, pero todos con atención genuina y acompañamiento oportuno.

2.9. Registro y seguimiento del progreso del estudiante

Registrar y dar seguimiento al progreso del estudiante es mucho más que llenar formatos. Es dejar huellas del camino recorrido, pequeñas marcas que cuentan una historia de esfuerzo, tropiezos y avances. Cuando el tutor registra, observa con atención y vuelve sobre lo escrito, el aprendizaje deja de ser invisible. Aparece una línea de tiempo que permite reconocer cambios reales, aunque sean discretos. Este proceso aporta calma, porque ordena la información, y también esperanza, porque muestra que el movimiento existe. La identificación temprana del bajo rendimiento se fortalece cuando el progreso queda documentado y puede ser revisado con mirada sensible.

El registro funciona como una memoria compartida entre tutor y estudiante. Allí se anotan logros, acuerdos, dificultades persistentes y estrategias probadas. No es un archivo frío; es un espejo que devuelve señales claras. García (2021) señala que los sistemas de gestión escolar ganan efectividad cuando el seguimiento es sistemático y cercano, especialmente en entornos educativos diversos. En tutoría, esta práctica permite sostener decisiones pedagógicas coherentes y evitar intervenciones improvisadas que desgastan sin resultados visibles.

El seguimiento continuo transforma la relación educativa. El estudiante se siente acompañado cuando nota que alguien recuerda lo conversado la semana anterior, que observa sus avances y retoma compromisos pendientes. Esa continuidad genera

confianza. Además, el registro permite identificar patrones: momentos de mayor avance, etapas de estancamiento, factores que influyen en el rendimiento. García (2021) destaca que el monitoreo permanente favorece la mejora de los procesos escolares, ya que brinda información real para ajustar acciones y sostener el acompañamiento en el tiempo.

Desde la práctica tutorial, registrar también ordena la labor del docente. Permite priorizar, evaluar estrategias y distribuir esfuerzos con mayor equilibrio. El tutor deja de depender de la memoria o de percepciones aisladas. Cada anotación se convierte en un punto de apoyo para decisiones futuras. En instituciones con realidades complejas, el seguimiento documentado se vuelve una herramienta de equidad, ya que asegura que ningún estudiante quede fuera del radar pedagógico (García, 2021).

El registro del progreso no busca vigilar, sino acompañar. Cuando se comparte con el estudiante, se convierte en un espacio de reflexión conjunta. Se revisa lo logrado, se reconoce el esfuerzo y se ajustan metas. Este diálogo fortalece la autonomía y el sentido de responsabilidad. El seguimiento constante ayuda a prevenir retrocesos silenciosos y a intervenir antes de que el desánimo gane terreno. Así, la identificación temprana se convierte en una práctica viva y cercana.

Registrar y seguir el progreso es un acto de cuidado profesional. Es decirle al estudiante: “tu proceso importa”. La evidencia recogida orienta, sostiene y da sentido a la tutoría. García (2021) resalta que una gestión educativa efectiva se apoya en información clara y actualizada. En este marco, el seguimiento no es una carga administrativa, sino una herramienta que humaniza el acompañamiento y transforma el bajo rendimiento en una oportunidad real de crecimiento.

2.10. Toma de decisiones pedagógicas a partir del diagnóstico

Tomar decisiones pedagógicas a partir del diagnóstico es un acto de valentía profesional. Implica detenerse, mirar los datos de frente y aceptar lo que muestran, aunque incomode. El diagnóstico no es una sentencia; es un mapa. Señala zonas de avance y áreas frágiles donde el estudiante tropieza una y otra vez. Desde allí, el tutor elige caminos posibles. Esta toma de decisiones se siente como ajustar el timón en medio del viaje: pequeños movimientos que cambian la dirección y evitan que el bajo rendimiento se vuelva permanente.

El diagnóstico bien trabajado recoge evidencias del aula, registros de seguimiento y voces del propio estudiante. No se queda en números fríos. Se alimenta de observaciones, conversaciones y producciones reales. A partir de esta lectura, las decisiones pedagógicas ganan sentido y coherencia. Kidjie (2019) plantea que las políticas educativas efectivas se sostienen en diagnósticos claros que orientan la acción y reducen la improvisación. En tutoría, esta lógica se traduce en intervenciones pensadas, ajustadas y con intención formativa.

Decidir implica priorizar estrategias, modificar tiempos y seleccionar apoyos pertinentes. A veces significa reforzar contenidos básicos; otras, cambiar metodologías o brindar acompañamiento emocional más cercano. El diagnóstico orienta estas elecciones y evita respuestas genéricas. Kidjie (2019) destaca que la gobernanza educativa mejora cuando las decisiones se alinean con la realidad observada y con los recursos disponibles. En el espacio tutorial, esta alineación permite actuar con mayor eficacia y menor desgaste.

La toma de decisiones pedagógicas también involucra al estudiante. Compartir el diagnóstico, dialogar sobre avances y dificultades, y acordar acciones genera compromiso. El estudiante

deja de ser receptor pasivo y se convierte en participante activo de su proceso. Esta participación fortalece la autonomía y reduce la resistencia al cambio. Las decisiones dejan de sentirse impuestas y comienzan a percibirse como acuerdos. Así, el acompañamiento se vuelve más cercano y el aprendizaje recupera sentido personal.

Desde la mirada del tutor, decidir con base en el diagnóstico ordena la práctica diaria. Da seguridad, porque cada acción tiene un fundamento claro. Permite evaluar resultados y reajustar cuando algo no funciona. Kidjie (2019) resalta que los sistemas educativos aprenden cuando revisan decisiones y adaptan sus prácticas. En tutoría, este aprendizaje continuo sostiene la identificación temprana del bajo rendimiento y evita repetir estrategias que no generan avance.

Decidir pedagógicamente desde el diagnóstico es un gesto de respeto hacia el estudiante. Es reconocer su historia académica y responder con acciones pensadas, no reacciones apresuradas. La identificación temprana se fortalece cuando las decisiones se toman a tiempo y con sensibilidad. Así, la tutoría se convierte en un espacio de orientación real, donde cada elección busca abrir oportunidades, acompañar procesos y devolver confianza en la capacidad de aprender.

Capítulo 3:

Estrategias de refuerzo académico en tutorías

Al comenzar este capítulo, te reconoces en una escena conocida: el aula avanza, los contenidos se acumulan y, en algún punto, algo deja de encajar. No es falta de esfuerzo ni de interés, es una sensación más sutil, casi silenciosa, que se instala cuando las bases no están firmes. Desde esta lectura, te sitúas como observador y parte del proceso a la vez. Percibes que el refuerzo académico no trata de añadir más, sino de volver a mirar aquello que sostiene todo lo demás, con paciencia, con intención y con una mirada pedagógica que entiende el aprendizaje como un recorrido irregular, pero posible.

A medida que avanzas, notas que el refuerzo centrado en habilidades clave ofrece alivio. Hay algo reconfortante en ordenar prioridades y dejar de perseguir cada error aislado. Cuando la atención se posa en la lectura comprensiva, el razonamiento básico o la organización del pensamiento, el progreso empieza a sentirse más estable. La evidencia acompaña esta percepción: las tutorías focalizadas y bien dirigidas muestran efectos reales incluso en tiempos acotados, fortaleciendo competencias transversales que sostienen el rendimiento global (Kraft et al., 2022). Desde tu lugar de lector, esta idea resuena como una confirmación de prácticas que ya intuías valiosas.

También descubres que el tiempo, tan escaso en la vida escolar, puede convertirse en aliado. Las tutorías breves, lejos de ser superficiales, concentran energía y sentido cuando hay claridad de propósito. En pocos minutos se juega mucho: una pregunta precisa, una actividad ajustada, una devolución honesta. Esa intensidad bien cuidada deja huella. La investigación en liderazgo pedagógico muestra que las decisiones claras y coherentes potencian el aprendizaje incluso en intervenciones cortas (Mette & Riegel, 2018). Lees esto y piensas en esos encuentros pequeños que, sin ruido, cambian trayectorias.

El capítulo también te lleva a sentir el movimiento del aprendizaje. Las estrategias activas aparecen como una respuesta a

la pasividad que tantas veces bloquea la recuperación académica. Manipular, dialogar, representar, actuar. El conocimiento se vuelve cercano cuando pasa por el cuerpo y la experiencia. No se trata de entretener, sino de activar procesos profundos que devuelven sentido. La gestión educativa orientada a la participación respalda estas prácticas, al reconocer que la acción compartida fortalece el compromiso y la responsabilidad por aprender (Mimbela, 2021).

En esta lectura, el error deja de incomodar y empieza a orientar. Te resulta familiar esa sensación de alivio cuando equivocarse ya no implica juicio inmediato. El error habla, muestra recorridos mentales y abre conversaciones necesarias. En tutoría, esta mirada transforma el clima emocional y permite pensar con mayor libertad. Los estudios sobre acompañamiento pedagógico destacan que los entornos de apoyo reducen barreras emocionales y favorecen la reflexión compartida (Monroe & Marvin, 2020). Desde tu perspectiva, aprender vuelve a sentirse humano y posible.

Otro hilo que atraviesa el capítulo es la diversidad en las formas de estudiar. Te detienes en la idea de que no existe un método único, y que adaptar técnicas al estilo personal puede cambiar por completo la experiencia académica. Mapas visuales, esquemas hablados, rutinas breves. Cuando la técnica dialoga con la manera de aprender, el estudio fluye. La gestión adaptativa respalda este enfoque, mostrando que las acciones ajustadas a las personas generan mayor efectividad y sostenibilidad (Morveli, 2021). Lees y recuerdas cuántas veces el problema no fue la capacidad, sino el método impuesto.

La presencia de material concreto y recursos digitales añade otra capa a esta reflexión. Hay algo tranquilizador en ver las ideas tomar forma, en tocar y manipular aquello que antes parecía abstracto. Lo digital, bien integrado, amplía opciones y lenguajes. Juntos, estos recursos equilibran anclaje y dinamismo. Las miradas sobre el futuro educativo resaltan la potencia de experiencias activas que conectan mente y acción, más allá de la transmisión

tradicional (Naidu, 2021). Desde tu lectura, esta combinación aparece como un puente necesario entre comprensión y motivación.

Cuando el texto aborda lectura, escritura y matemáticas, reconoces territorios sensibles. Son habilidades que atraviesan todo y, cuando fallan, pesan. El refuerzo académico en estas áreas se vive como una reparación cuidadosa de aquello que sostiene el recorrido escolar. La cercanía afectiva del tutor, la validación del intento y el acompañamiento sin presión transforman la relación con estos lenguajes. La investigación muestra que el liderazgo docente con sensibilidad emocional fortalece la perseverancia y el aprendizaje profundo (Palacios et al., 2020). Esta idea acompaña cada página con una sensación de cuidado pedagógico.

Las tutorías motivacionales aparecen entonces como un punto de reencuentro. Cuando el estudiante se ha desconectado, el primer paso no es el contenido, sino la presencia. Escuchar, acordar metas, devolver voz. La motivación se reconstruye desde el sentido y la participación. Los modelos educativos que promueven autonomía y flexibilidad fortalecen el compromiso con el aprendizaje (Parente & Parente, 2020). Desde tu mirada, estas tutorías se leen como espacios donde el vínculo precede al rendimiento y prepara el terreno para avanzar.

El trabajo colaborativo y la adaptación de actividades sin reducir el nivel académico cierran el recorrido con una idea potente: aprender no tiene por qué ser un camino solitario ni excluyente. Compartir, explicar, ajustar formatos sin tocar la exigencia intelectual devuelve dignidad al proceso. La gestión educativa orientada a la calidad respalda prácticas cooperativas e inclusivas que sostienen altos niveles de aprendizaje (Rengifo, 2021; Romero & Santa-María, 2021). Al terminar este capítulo, sientes que el refuerzo académico se redefine como un acompañamiento firme, respetuoso y profundamente humano.

3.1. Refuerzo académico centrado en habilidades clave

El refuerzo académico centrado en habilidades clave parte de una idea sencilla y poderosa: no todo se corrige acumulando contenidos. A veces el problema está en cimientos frágiles que sostienen todo lo demás. Leer con dificultad, organizar ideas, concentrarse por períodos breves o resolver operaciones básicas puede convertir cada clase en una cuesta empinada. La tutoría eficaz reconoce estas señales y decide trabajar allí, donde el aprendizaje se atasca. Este enfoque devuelve alivio al estudiante, porque deja de sentirse perdido, y al tutor, que observa avances reales cuando se fortalecen habilidades que atraviesan todas las áreas.

Centrarse en habilidades clave permite ordenar el esfuerzo y evitar la dispersión. En lugar de atacar cada error, se identifica aquello que desbloquea múltiples aprendizajes. Kraft, List, Livingston y Sadoff (2022) muestran que las tutorías focalizadas en competencias fundamentales logran mejoras significativas, incluso con intervenciones breves y bien dirigidas. Esta evidencia confirma algo que muchos docentes perciben en el aula: cuando el estudiante mejora su comprensión lectora o su razonamiento básico, el resto del rendimiento empieza a acomodarse de forma más fluida.

El refuerzo académico, vivido desde esta perspectiva, cambia la experiencia emocional del estudiante. Ya no se enfrenta a una lista interminable de tareas pendientes, sino a metas claras y alcanzables. Cada avance se siente tangible. Resolver un problema que antes parecía imposible, leer un texto sin tropiezos, explicar una idea con mayor claridad. Estos logros pequeños reconstruyen la confianza. La tutoría se convierte en un espacio donde equivocarse no pesa, porque cada error es parte del entrenamiento de una habilidad que se fortalece paso a paso.

Desde la práctica tutorial, trabajar habilidades clave exige observación fina y constancia. El tutor detecta patrones, selecciona

actividades breves y ajustadas, y acompaña con retroalimentación cercana. Kraft et al. (2022) destacan que el acompañamiento personalizado, incluso en modalidad virtual, potencia el desarrollo de competencias esenciales cuando existe una relación de apoyo estable. No se trata de acelerar, sino de afianzar. El ritmo se adapta al estudiante, y el progreso se construye con paciencia y claridad.

El refuerzo centrado en habilidades también favorece la transferencia. Lo aprendido en tutoría no queda encerrado allí; se proyecta en el aula. El estudiante empieza a participar más, a seguir consignas con mayor seguridad y a enfrentar evaluaciones con menos ansiedad. Este efecto multiplicador da sentido al esfuerzo invertido. La tutoría deja de ser un espacio paralelo y se integra al recorrido escolar, acompañando de manera coherente el proceso formativo.

Reforzar habilidades clave es apostar por un aprendizaje más justo y sostenible. Es reconocer que no todos parten del mismo punto y que fortalecer bases abre puertas. La evidencia empírica respalda esta decisión pedagógica, mostrando impactos positivos cuando el apoyo es focalizado y humano (Kraft et al., 2022). Así, la tutoría se transforma en un lugar donde el estudiante recupera equilibrio, avanza con mayor firmeza y vuelve a creer en su capacidad de aprender.

3.2. Tutorías breves y efectivas: cómo aprovechar poco tiempo

Las tutorías breves y efectivas nacen de una verdad cotidiana: el tiempo escasea, pero la necesidad de apoyo no espera. En esos encuentros cortos se juega mucho más de lo que parece. Un saludo atento, una pregunta bien elegida, una actividad precisa pueden marcar la diferencia. La clave está en entrar con foco y salir con claridad. El estudiante percibe esa intención y se engancha. No hay espacio para divagar. Cada minuto cuenta y se siente. La tutoría

se vuelve un paréntesis intenso, como un sorbo de agua fresca en medio de una jornada larga.

Aprovechar poco tiempo requiere preparación consciente. El tutor llega con una meta definida y materiales listos. No improvisa sobre la marcha. Observa rápido, escucha con atención y actúa. Mette y Riegel (2018) señalan que el liderazgo pedagógico efectivo se apoya en decisiones claras y alineadas con el aprendizaje, incluso en intervenciones acotadas. En tutoría, esto se traduce en seleccionar una habilidad, un contenido o una dificultad puntual y trabajarla con profundidad breve, sin dispersión ni sobrecarga.

La brevedad bien gestionada también cuida la energía emocional del estudiante. Encuentros largos pueden agotar o generar resistencia. En cambio, una tutoría corta mantiene la atención viva. Se parece a una chispa que enciende algo más grande. El estudiante se va con una idea clara, una tarea concreta y una sensación de avance. Esa experiencia positiva aumenta la disposición para el siguiente encuentro. El tiempo limitado deja de ser obstáculo y se convierte en aliado cuando se usa con intención pedagógica.

Desde la mirada del tutor, estas sesiones exigen precisión y escucha fina. No hay margen para discursos extensos. Se prioriza el diálogo, la práctica guiada y la retroalimentación inmediata. Mette y Riegel (2018) destacan que pensar el sistema educativo como un conjunto de acciones interconectadas permite maximizar impactos incluso en espacios reducidos. Cada tutoría breve se conecta con el aula, con el seguimiento previo y con lo que vendrá después, formando una cadena coherente de apoyo.

Las tutorías breves ganan potencia cuando se sostienen en el tiempo. No buscan resolver todo de una vez. Funcionan como gotas constantes que van moldeando la piedra. El estudiante aprende a anticipar el encuentro, a llegar preparado, a revisar avances. Esta continuidad genera hábito y compromiso. El poco

tiempo deja de sentirse insuficiente porque hay constancia y dirección. La tutoría se integra al ritmo escolar sin invadirlo, acompañando de manera respetuosa y eficaz.

Aprovechar encuentros cortos es una habilidad profesional que se aprende y se afina. Requiere foco, empatía y claridad de propósito. La evidencia sobre liderazgo educativo respalda la idea de que intervenciones bien pensadas pueden generar cambios reales, aun en marcos ajustados (Mette & Riegel, 2018). En tutoría, esta práctica devuelve sentido al acompañamiento y demuestra que, con intención y cuidado, unos minutos bien usados pueden abrir caminos duraderos en el aprendizaje.

3.3. Estrategias activas para recuperar aprendizajes no logrados

Recuperar aprendizajes no logrados exige mover el cuerpo y la mente. Las estrategias activas parten de la acción, del hacer con sentido, del ensayo que despierta curiosidad. El estudiante deja de ser espectador y se convierte en protagonista de su propio proceso. Manipular materiales, explicar en voz alta, resolver situaciones reales o trabajar en pequeños retos transforma la tutoría en un espacio vivo. Esta dinámica reduce la distancia con el contenido y devuelve energía. El aprendizaje que no se alcanzó antes encuentra una nueva puerta cuando se presenta desde la experiencia y no desde la repetición pasiva.

Las estrategias activas conectan con la necesidad de sentirse capaz. Cuando el estudiante participa, decide y prueba, el error pierde peso. Se vuelve parte del camino. Actividades como juegos didácticos, simulaciones o resolución colaborativa de problemas permiten reconstruir saberes con menor carga emocional negativa. Mimbela (2021) destaca que una gestión escolar eficaz promueve prácticas participativas que fortalecen el compromiso y la responsabilidad. En tutoría, esta mirada se traduce

en propuestas que invitan a pensar, dialogar y actuar, generando aprendizajes más estables y significativos.

El movimiento también ordena el pensamiento. Dibujar esquemas, usar tarjetas, dramatizar situaciones o explicar con ejemplos propios activa distintas rutas cognitivas. Estas estrategias permiten recuperar contenidos que parecían perdidos. El tutor observa, acompaña y ajusta la actividad en tiempo real. No hay recetas fijas. Cada estudiante responde de manera distinta. Mimbela (2021) resalta que el liderazgo educativo efectivo reconoce la diversidad y adapta las prácticas para responder a ella. En este marco, la tutoría se convierte en un espacio flexible y creativo.

Las estrategias activas favorecen la transferencia del aprendizaje. Lo trabajado en tutoría se refleja luego en el aula. El estudiante participa con mayor seguridad y reconoce conexiones entre lo aprendido y nuevas tareas. Esta continuidad refuerza la sensación de avance. Además, la participación activa fortalece habilidades transversales como la comunicación, la toma de decisiones y el trabajo con otros. Recuperar aprendizajes no logrados deja de ser una carga pesada y se transforma en una experiencia de reconstrucción gradual y posible.

Desde la mirada del tutor, estas estrategias requieren planificación y apertura. No se trata de entretener, sino de diseñar experiencias con intención pedagógica. Cada actividad tiene un propósito claro y se evalúa en función del progreso observado. Mimbela (2021) señala que la gestión educativa orientada a resultados se apoya en prácticas reflexivas y ajustables. En tutoría, esto implica revisar lo que funciona, modificar lo que no y sostener aquello que genera avance real en el estudiante.

Las estrategias activas devuelven movimiento al aprendizaje estancado. Permiten recuperar saberes desde la acción, el diálogo y la experiencia compartida. El estudiante vuelve a intentarlo porque se siente acompañado y capaz. La tutoría se

transforma en un espacio donde aprender es posible otra vez, sin presión excesiva y con sentido. Así, los aprendizajes no logrados dejan de ser una marca de fracaso y se convierten en una oportunidad de reconstrucción y crecimiento sostenido.

3.4. Aprender desde el error como recurso pedagógico

Aprender desde el error como recurso pedagógico implica cambiar la forma de mirar aquello que falla. El error deja de ser una mancha roja en el cuaderno y se convierte en una señal que orienta. En tutoría, este giro se siente liberador. El estudiante respira distinto cuando entiende que equivocarse no lo define. Cada respuesta incorrecta abre una conversación, no un cierre. El error habla, muestra rutas intentadas y decisiones tomadas. Escucharlo con atención permite reconstruir el aprendizaje con más conciencia y menos miedo.

Cuando el error se acoge con respeto, la tutoría se transforma en un espacio seguro. El estudiante se anima a probar, a pensar en voz alta, a arriesgar una respuesta. Esta actitud activa procesos cognitivos más profundos. Monroe y Marvin (2020) señalan que los entornos educativos con acompañamiento pedagógico efectivo reducen barreras emocionales y fortalecen la confianza docente y estudiantil. En tutoría, esta confianza permite analizar fallos sin vergüenza, entendiendo que cada equivocación contiene información valiosa para avanzar.

Trabajar desde el error exige diálogo pausado. El tutor no corrige de inmediato; pregunta, escucha, acompaña el razonamiento. Se revisa el camino recorrido y se identifican puntos de quiebre. Este proceso fortalece la metacognición y ayuda al estudiante a reconocer patrones en su pensamiento. Monroe y Marvin (2020) destacan que el acompañamiento pedagógico gana impacto cuando promueve reflexión compartida en lugar de corrección vertical. Así, el error se convierte en una herramienta que enseña a pensar, no en una señal de incapacidad.

Además, aprender desde el error humaniza la experiencia educativa. Todos se equivocan, también quien enseña. Reconocerlo equilibra la relación y genera cercanía. El estudiante percibe que no está siendo evaluado en cada intento, sino acompañado. Esta sensación reduce la ansiedad y mejora la disposición para aprender. La tutoría se vuelve un espacio de ensayo consciente, donde el proceso importa tanto como el resultado. El aprendizaje recupera ritmo y sentido cuando el error pierde su carga punitiva.

Desde la práctica tutorial, incorporar el error requiere intención y coherencia. No basta con decir que equivocarse está bien; hay que demostrarlo en la interacción diaria. Se analizan errores frecuentes, se comparan respuestas y se celebran ajustes logrados. Monroe y Marvin (2020) resaltan que los procesos de acompañamiento pedagógico eficaces dependen de una cultura de apoyo sostenido. En tutoría, esta cultura se construye cuando el error es tratado como parte natural del aprendizaje y no como una falla personal.

Aprender desde el error devuelve dignidad al proceso educativo. Permite avanzar con honestidad y construir conocimientos más sólidos. El estudiante aprende a revisar, corregir y persistir. La tutoría se convierte en un espacio donde equivocarse no detiene, sino impulsa. Así, el refuerzo académico deja de centrarse en evitar fallos y comienza a aprovecharlos como aliados pedagógicos que abren nuevas oportunidades de comprensión y crecimiento.

3.5. Técnicas de estudio adaptadas al estilo del estudiante

Hablar de técnicas de estudio adaptadas al estilo del estudiante es reconocer que aprender no tiene una forma única. Hay quienes necesitan ver, otros decir en voz alta, otros mover las manos para entender. La tutoría efectiva se detiene a observar estas preferencias y las convierte en aliadas. Cuando la técnica encaja con

la manera personal de aprender, el estudio deja de sentirse pesado. Aparece una sensación de fluidez, de estar en sintonía. El estudiante percibe que no lucha contra sí mismo, sino que avanza usando sus propios recursos, con mayor confianza y menos desgaste emocional.

Adaptar técnicas de estudio implica flexibilidad y escucha. No se imponen métodos universales; se construyen caminos personalizados. Mapas visuales, resúmenes hablados, esquemas con colores, rutinas breves de repaso o prácticas distribuidas responden a necesidades distintas. Morveli (2021) destaca que los enfoques de gestión más efectivos son aquellos que se ajustan a las realidades concretas y a las personas involucradas. En tutoría, esta idea se traduce en elegir estrategias que dialogan con el estudiante, respetando su ritmo y su forma de procesar la información.

El impacto emocional de esta adaptación es profundo. Muchos estudiantes cargan la sensación de "no sirvo para estudiar" porque nadie les mostró una técnica acorde a su estilo. Cuando descubren una manera que funciona, algo cambia por dentro. El estudio se vuelve más amable. La tutoría se transforma en un espacio de descubrimiento personal, donde se prueba, se ajusta y se confirma lo que resulta útil. Este proceso devuelve autoestima académica y reduce la frustración acumulada por intentos fallidos.

Desde la práctica tutorial, adaptar técnicas exige observación constante. El tutor analiza respuestas, tiempos de concentración y reacciones frente a distintas actividades. No todo funciona a la primera. Se ajusta, se conversa y se vuelve a intentar. Morveli (2021) señala que los sistemas que aprenden de la experiencia logran mayor efectividad a largo plazo. En este sentido, la tutoría se convierte en un laboratorio pedagógico cercano, donde cada decisión se revisa a la luz del progreso observado.

Las técnicas adaptadas también favorecen la autonomía. El estudiante aprende a elegir estrategias según la tarea y el momento.

Sabe cuándo necesita esquematizar, repetir, explicar o practicar. Esta capacidad de autorregulación fortalece el aprendizaje más allá de la tutoría. El acompañamiento deja huellas que permanecen. La técnica ya no depende del tutor; pasa a ser parte del repertorio personal del estudiante, disponible para nuevas situaciones académicas.

Adaptar técnicas de estudio al estilo del estudiante es un acto de respeto pedagógico. Reconoce la diversidad y apuesta por un aprendizaje más humano. La evidencia sobre gestión adaptativa respalda esta mirada, al mostrar que las acciones alineadas con las personas generan mejores resultados (Morveli, 2021). En tutoría, esta adaptación abre puertas, reduce tensiones y convierte el refuerzo académico en una experiencia posible, cercana y sostenida en el tiempo.

3.6. Tutoría con material concreto y recursos digitales

La tutoría con material concreto y recursos digitales abre un puente entre lo que se toca y lo que se piensa. Cuando el estudiante manipula objetos, mueve fichas, arma esquemas o interactúa con una pantalla, el aprendizaje se vuelve cercano. Las ideas dejan de flotar en el aire y adquieren forma. Este tipo de tutoría despierta atención y reduce la sensación de lejanía frente a los contenidos. Hay algo poderoso en ver y hacer al mismo tiempo. El estudiante se siente acompañado por herramientas que facilitan la comprensión y devuelven confianza en su capacidad para aprender.

El material concreto cumple una función clave en la construcción de significados. Regletas, tarjetas, maquetas sencillas o gráficos impresos permiten representar ideas abstractas de manera visible. En tutoría, estos recursos actúan como mediadores del pensamiento. El error se corrige moviendo piezas, no borrando con culpa. Naidu (2021) destaca que los futuros educativos más prometedores integran experiencias activas que conectan mente y

acción. Esta integración fortalece la comprensión y hace que el aprendizaje se sienta posible y alcanzable.

Los recursos digitales, por su parte, amplían las oportunidades de interacción. Videos breves, simuladores, aplicaciones educativas y plataformas interactivas ofrecen múltiples formas de acercarse a un mismo contenido. En tutoría, su uso cuidadoso permite personalizar el refuerzo y mantener la motivación. El estudiante participa, prueba, recibe retroalimentación inmediata. Naidu (2021) señala que la educación contemporánea se fortalece cuando aprovecha la tecnología para crear experiencias significativas y centradas en el aprendiz, más allá de la transmisión tradicional de información.

La combinación de material concreto y recursos digitales genera equilibrio. Lo tangible aporta anclaje; lo digital, dinamismo. Juntos construyen una experiencia rica y variada. El tutor observa reacciones, ajusta propuestas y acompaña el proceso con cercanía. No se trata de usar tecnología por novedad, sino de integrarla con intención pedagógica. Esta mezcla favorece distintos estilos de aprendizaje y mantiene el interés activo durante la tutoría, incluso en sesiones breves.

Desde la mirada del estudiante, esta tutoría se siente más amable. Hay menos presión y más curiosidad. Manipular, interactuar y descubrir reduce el temor al error. El aprendizaje se vive como un recorrido guiado, no como una prueba constante. Además, el uso de recursos digitales acerca la tutoría a lenguajes familiares para muchos estudiantes, generando mayor conexión y disposición al trabajo académico.

Tutorizar con material concreto y recursos digitales es apostar por una educación viva y flexible. Es reconocer que aprender involucra sentidos, emociones y pensamiento. La reflexión de Naidu (2021) invita a repensar las prácticas educativas para liderar aprendizajes con visión de futuro. En tutoría, esta

visión se traduce en experiencias que acompañan, clarifican y fortalecen el camino del estudiante, transformando el refuerzo académico en una oportunidad real de crecimiento.

3.7. Refuerzo académico en lectura, escritura y matemáticas

El refuerzo académico en lectura, escritura y matemáticas toca fibras profundas del recorrido escolar. Son lenguajes que atraviesan todas las áreas y, cuando fallan, el estudiante siente que el mundo se le vuelve cuesta arriba. En tutoría, trabajar estas habilidades básicas es como reparar una puerta que no cerraba bien: de pronto, todo encaja mejor. Leer con mayor fluidez, escribir con intención o comprender una operación devuelve seguridad. El acompañamiento cercano transforma la experiencia, porque el estudiante deja de sentirse expuesto y empieza a reconocerse capaz de avanzar paso a paso.

La lectura necesita calma y vínculo. No se trata de acelerar palabras, sino de construir sentido. En tutoría, leer juntos, comentar ideas y conectar textos con experiencias personales cambia la relación con los libros. El estudiante escucha su propia voz y descubre que entender también puede ser placentero. Palacios, Gonzáles-Fernández y Heriberto-Orangel (2020) destacan que la dimensión afectiva del liderazgo docente fortalece el aprendizaje cuando hay cercanía emocional. Esa cercanía, aplicada a la lectura, reduce la ansiedad y abre espacio para la comprensión profunda.

La escritura, por su parte, carga historias de miedo y corrección excesiva. Muchos estudiantes escriben con el freno puesto. En tutoría, escribir se convierte en un acto acompañado. Se planifica, se redacta, se revisa sin juicio. El error pierde peso y la idea gana protagonismo. Palacios et al. (2020) señalan que el clima emocional influye directamente en la disposición para aprender. Cuando el tutor valida la intención comunicativa antes que la

forma, el estudiante se anima a expresarse y a mejorar con mayor apertura.

En matemáticas, el refuerzo académico necesita tocar lo concreto y lo cotidiano. Resolver problemas vinculados con situaciones reales, usar material manipulable y explicar procedimientos en voz alta ayuda a reconstruir la confianza. El estudiante entiende que equivocarse es parte del proceso. El acompañamiento cercano reduce bloqueos y permite identificar pasos confusos. Desde una mirada afectiva, el tutor sostiene y guía, evitando comparaciones dañinas. Palacios et al. (2020) subrayan que el liderazgo pedagógico sensible impacta en la perseverancia del estudiante frente a tareas complejas.

Trabajar lectura, escritura y matemáticas de manera integrada potencia resultados. Comprender un enunciado, organizar una respuesta escrita y aplicar razonamiento numérico forman un tejido común. En tutoría, esta integración da coherencia al refuerzo académico. El estudiante percibe continuidad y sentido. Además, la atención a las emociones presentes durante el aprendizaje evita que el bajo rendimiento se cronifique. El acompañamiento afectivo actúa como soporte invisible que sostiene el esfuerzo diario y permite avanzar con mayor estabilidad.

El refuerzo académico en estas áreas básicas es un acto de cuidado pedagógico. No busca acelerar, sino fortalecer bases. La investigación sobre liderazgo docente con enfoque afectivo confirma que aprender mejora cuando hay vínculo, confianza y reconocimiento (Palacios et al., 2020). En tutoría, esta mirada transforma la experiencia escolar. Leer, escribir y hacer matemáticas dejan de ser territorios hostiles y se convierten en espacios posibles, donde el estudiante vuelve a creer en su capacidad de aprender.

3.8. Tutorías motivacionales para estudiantes desenganchados

Las tutorías motivacionales se convierten en un punto de encuentro cuando el estudiante parece haberse ido sin moverse del asiento. Hay miradas vacías, tareas sin sentido y una sensación de distancia que pesa. En ese momento, la tutoría no empieza con contenidos, empieza con presencia. Escuchar, reconocer cansancio, validar emociones abre una rendija por donde vuelve a entrar el interés. El estudiante necesita sentir que alguien cree en él antes de volver a creer por sí mismo. La motivación no se exige; se reconstruye con gestos pequeños, palabras honestas y un acompañamiento que no juzga.

El desenganche escolar suele estar ligado a experiencias repetidas de fracaso o a decisiones tomadas sin voz estudiantil. Las tutorías motivacionales devuelven esa voz. Se conversa sobre metas personales, intereses y expectativas reales. Parente y Parente (2020) señalan que los procesos educativos ganan fuerza cuando promueven autonomía y participación activa. En tutoría, esta idea se traduce en acuerdos compartidos, donde el estudiante participa en la definición de objetivos y caminos. Sentirse parte activa cambia la disposición frente al aprendizaje.

La motivación se alimenta de sentido. Cuando el estudiante entiende para qué aprende, el esfuerzo encuentra dirección. En tutoría, conectar los contenidos con proyectos personales, habilidades futuras o intereses cercanos renueva la energía. No se trata de discursos largos, sino de vínculos claros. Parente y Parente (2020) destacan que los modelos educativos más flexibles fortalecen el compromiso al reconocer la diversidad de trayectorias. Esta flexibilidad, llevada a la tutoría, permite adaptar estrategias y recuperar la curiosidad dormida.

El clima emocional es decisivo. Un espacio seguro, sin burlas ni presiones excesivas, favorece la apertura. El estudiante

desenganchado suele estar a la defensiva. La tutoría motivacional baja esa guardia poco a poco. Se celebran avances mínimos, se reconoce el esfuerzo y se acompaña el error sin reproche. Este ambiente construye confianza. Cuando el estudiante se siente respetado, empieza a participar de nuevo, aunque sea con pasos cortos y silenciosos.

Desde la mirada del tutor, trabajar la motivación implica paciencia y coherencia. No hay resultados inmediatos ni fórmulas mágicas. Cada encuentro suma. La constancia transmite un mensaje claro: "estoy aquí". Parente y Parente (2020) resaltan que las transformaciones educativas reales se sostienen en prácticas continuas y en relaciones de confianza. En tutoría, esta continuidad permite que el estudiante vuelva a vincularse con la escuela desde un lugar menos hostil y más humano.

Las tutorías motivacionales no buscan encender entusiasmo artificial, sino reconectar al estudiante con su capacidad de aprender. Es un proceso delicado, hecho de escucha, acuerdos y acompañamiento cercano. Cuando la motivación regresa, el refuerzo académico encuentra terreno fértil. La tutoría se transforma en un espacio donde el estudiante vuelve a sentirse parte, con derecho a equivocarse y a intentarlo otra vez, avanzando con mayor sentido y dignidad.

3.9. Trabajo colaborativo como estrategia de recuperación académica

El trabajo colaborativo en tutorías se siente como una mesa compartida al final de una tarde larga. Nadie llega completo, pero todos traen algo. En los procesos de recuperación académica, esta estrategia abre un espacio donde el error deja de dar vergüenza y empieza a enseñar. Aprender con otros afloja la presión individual y devuelve la confianza perdida. La tutoría deja de ser un monólogo y se convierte en diálogo vivo, con miradas que se cruzan y manos que ayudan. Rengifo (2021) destaca que la calidad de la tutoría

mejora cuando se construyen vínculos horizontales, donde cada estudiante encuentra un lugar para participar y sentirse parte.

Cuando el aprendizaje se vuelve colectivo, la comprensión gana cuerpo. Un estudiante explica con palabras sencillas y, en ese gesto, también aprende. Otro escucha y asiente, porque algo encaja. Esa escena cotidiana tiene un valor pedagógico profundo. El trabajo colaborativo permite que el conocimiento circule, se reformule y se asiente desde distintas voces. En su modelo de gestión educativa, Rengifo (2021) resalta que las tutorías efectivas promueven interacciones constantes y cooperativas, ya que fortalecen la responsabilidad compartida por el avance académico. No se trata de competir, sino de caminar juntos, ajustando el paso para que nadie quede atrás.

La recuperación académica suele llegar cargada de cansancio emocional. Aquí, el grupo actúa como sostén. Una palabra de aliento, una risa breve, un "yo también me equivoqué" alivian el peso acumulado. El aprendizaje colaborativo humaniza la tutoría y la vuelve más cercana. Según Rengifo (2021), una gestión educativa orientada a la calidad reconoce el valor del clima relacional y del apoyo mutuo en los procesos de acompañamiento. En ese ambiente, el estudiante vuelve a intentarlo, porque ya no se siente aislado. Hay una red, aunque sea pequeña, que sostiene y empuja con cuidado.

Desde la perspectiva docente, trabajar de manera colaborativa exige soltar el control absoluto y confiar en la dinámica del grupo. No es una pérdida, es una ganancia silenciosa. El tutor observa, orienta y acompaña mientras el aprendizaje se mueve entre pares. Rengifo (2021) señala que las tutorías ganan eficacia cuando el docente asume un liderazgo pedagógico flexible, atento a las interacciones y a las necesidades reales del grupo. Así, la recuperación académica deja de ser una tarea repetitiva y se transforma en una experiencia compartida, más rica y significativa.

El aula de tutoría, bajo esta estrategia, cambia su atmósfera. Se oyen voces diversas, se intercambian cuadernos, se comparan procedimientos. El conocimiento se construye en movimiento. El trabajo colaborativo permite detectar vacíos, aclarar confusiones y reforzar aprendizajes sin imponer ritmos artificiales. Rengifo (2021) afirma que una tutoría de calidad articula estrategias participativas que fortalecen la autonomía y la corresponsabilidad estudiantil. Cada avance, por pequeño que sea, se celebra en conjunto, y ese reconocimiento colectivo alimenta el deseo de seguir aprendiendo.

Al final, el trabajo colaborativo como estrategia de recuperación académica deja una huella que va más allá de las calificaciones. Enseña a escuchar, a explicar con paciencia, a aceptar ayuda. En tutorías, este enfoque devuelve sentido al esfuerzo escolar. Rengifo (2021) concluye que la gestión educativa orientada a la calidad de la tutoría apuesta por prácticas cooperativas que mejoran el rendimiento y el bienestar estudiantil. Recuperar aprendizajes, entonces, también significa recuperar la confianza, el vínculo y las ganas de seguir, acompañados por otros.

3.10. Adaptación de actividades sin reducir el nivel académico

Adaptar actividades sin bajar el nivel académico se parece a ajustar la luz de una habitación sin cambiar los muebles. El saber sigue allí, firme, esperando ser visto con mayor claridad. En tutorías, esta estrategia busca abrir caminos distintos hacia los mismos aprendizajes, respetando ritmos y estilos. No se trata de simplificar el contenido, sino de variar las rutas. Romero y Santa-María (2021) explican que una gestión educativa eficaz atiende la diversidad del estudiantado mediante decisiones pedagógicas flexibles, capaces de sostener la exigencia intelectual sin romper el vínculo con quien aprende.

En la práctica, la adaptación bien pensada cuida la profundidad del aprendizaje. Cambia el formato, no la meta. Un

problema matemático puede resolverse con material concreto, un texto complejo puede abordarse con apoyos visuales o preguntas guía. La exigencia permanece intacta. Romero y Santa-María (2021) señalan que la calidad educativa se fortalece cuando las estrategias responden a las necesidades reales del alumnado, manteniendo coherencia con los objetivos formativos. Así, el estudiante no siente que se le entrega menos, sino que se le ofrece una puerta más accesible para entrar.

Desde la mirada del estudiante, estas adaptaciones generan alivio y dignidad. Nadie quiere sentir que recibe tareas "rebajadas". La tutoría se convierte entonces en un espacio de acompañamiento respetuoso, donde el esfuerzo vale la pena. Ajustar actividades sin disminuir el nivel académico transmite un mensaje potente: se confía en la capacidad de aprender. Romero y Santa-María (2021) destacan que la gestión educativa incide de manera directa en las prácticas docentes y en el clima emocional del aprendizaje, influyendo en la motivación y la permanencia escolar.

Para el docente tutor, este trabajo exige creatividad y lectura fina de cada proceso. No hay recetas rígidas. Adaptar implica observar, escuchar y tomar decisiones pedagógicas conscientes. Cambiar el tiempo de ejecución, ofrecer ejemplos graduados o diversificar recursos son acciones que mantienen la complejidad cognitiva. Según Romero y Santa-María (2021), los factores organizativos y pedagógicos de la gestión educativa condicionan la posibilidad de implementar prácticas inclusivas que sostengan altos niveles académicos. La tutoría se vuelve un laboratorio pedagógico vivo.

La adaptación también fortalece la autonomía del estudiante. Al comprender mejor la tarea, puede enfrentarse a ella con mayor seguridad. El aprendizaje deja de ser una carrera frustrante y se transforma en un proceso con sentido. Mantener el nivel académico no significa rigidez, sino claridad en lo que se espera lograr. Romero y Santa-María (2021) afirman que una gestión

educativa orientada al mejoramiento continuo promueve estrategias que articulan exigencia, acompañamiento y evaluación formativa, elementos que se reflejan con fuerza en las tutorías.

En definitiva, adaptar actividades sin reducir el nivel académico es un acto de responsabilidad pedagógica. Permite recuperar aprendizajes sin renunciar a la calidad ni a la profundidad. En tutorías, esta estrategia repara trayectorias educativas dañadas y devuelve confianza. Romero y Santa-María (2021) sostienen que los procesos de gestión influyen en la coherencia entre políticas, prácticas y resultados educativos. Cuando la adaptación se hace con intención y cuidado, el estudiante avanza, aprende y siente que la escuela sigue apostando por él, con exigencia y humanidad.



Capítulo 4:

Seguimiento, evaluación y sostenibilidad de la tutoría

Avanzas por este capítulo con la sensación de entrar en una sala donde todo ha sido dispuesto para mirar con más nitidez los procesos de tutoría. Como lector, percibes que aquí no se habla desde la abstracción, sino desde la experiencia que se deja tocar por lo cotidiano. La tutoría aparece como un acompañamiento que se construye paso a paso, con señales visibles y decisiones pensadas. En esa trayectoria, las evidencias adquieren un valor especial, no para controlar, sino para orientar. Tal como señalan Saari y Säntti (2018), las prácticas educativas contemporáneas buscan hacer legible el progreso, otorgando sentido y legitimidad a las acciones que sostienen el aprendizaje.

A medida que avanzas, notas que medir impacto no se reduce a cifras aisladas. Se trata de reconocer gestos, actitudes, pequeñas variaciones que transforman la experiencia escolar. Los indicadores claros funcionan como marcas en un cuaderno compartido, donde tutor y estudiante pueden leer avances reales. Esa lectura conjunta aporta serenidad y dirección. Saari y Säntti (2018) explican que las políticas educativas actuales valoran criterios comprensibles y compartidos, capaces de generar confianza. En la tutoría, esa confianza se traduce en procesos que se sienten acompañados, coherentes y visibles para quienes participan de ellos.

Desde tu lugar de lector, percibes que la evaluación adopta aquí un tono distinto. No pesa ni intimida; acompaña mientras el aprendizaje ocurre. La evaluación formativa se presenta como una práctica atenta, casi artesanal, que observa sin interrumpir el ritmo del estudiante. Cada intercambio deja información valiosa para ajustar el camino. Sosa y Rey (2019) sostienen que las evaluaciones orientadas por valores fortalecen la responsabilidad compartida y el diálogo. En la tutoría, esa lógica construye espacios donde aprender se vuelve una experiencia cuidada y profundamente humana.

Sigues leyendo y descubres que evaluar no significa cerrar procesos, sino abrir conversaciones. La tutoría se convierte en un lugar donde el error pierde rigidez y gana sentido pedagógico. Las devoluciones llegan a tiempo y permiten comprender el propio recorrido. Según Sosa y Rey (2019), la valoración continua favorece culturas de participación y mejora permanente. Esa idea se refleja en prácticas tutoriales que priorizan el proceso por encima del resultado inmediato, generando estudiantes más conscientes de su aprendizaje y más dispuestos a sostenerlo.

La retroalimentación ocupa un lugar central en este trayecto. No aparece como corrección fría, sino como palabra que orienta y empuja con suavidad. Al leer, casi puedes escuchar esas frases breves que aclaran el siguiente paso. Wang (2017) destaca que el acompañamiento educativo se fortalece cuando las devoluciones son claras, respetuosas y continuas. En la tutoría, esta práctica construye seguridad y autonomía, transformando cada encuentro en una oportunidad para avanzar con mayor conciencia y menor temor al error.

Más adelante, el texto te lleva a reconocer la importancia del ajuste constante. Nada permanece fijo. Las estrategias se revisan cuando los avances aparecen y también cuando ciertas dificultades persisten. Esa flexibilidad revela una tutoría viva, atenta a las señales del proceso. Pacheco et al. (2017) señalan que adaptar las acciones educativas frente a necesidades reiteradas reduce riesgos de desvinculación. Como lector, percibes que cambiar de rumbo no implica perder dirección, sino afinar la intervención para acompañar mejor cada trayectoria.

En este recorrido, la articulación entre tutoría, aula y familia se presenta como un tejido que sostiene. Las voces se conectan, los mensajes se alinean y el estudiante deja de recibir señales contradictorias. Esa coherencia genera calma y pertenencia. Peña et al. (2016) evidencian que la participación familiar y la comunicación constante influyen de manera directa en la

continuidad escolar. Aquí, la tutoría actúa como puente sensible, capaz de traducir lenguajes y construir acuerdos que fortalecen el acompañamiento.

El registro pedagógico aparece entonces como memoria del proceso. No es un archivo inerte, sino una bitácora que guarda huellas del camino recorrido. Al leer sobre esta práctica, entiendes que escribir también es una forma de mirar mejor. Rodríguez (2017) explica que la detección temprana de trayectorias frágiles depende de observaciones sistemáticas. En la tutoría, estos registros permiten dar continuidad, evitar repeticiones vacías y sostener decisiones pedagógicas con mayor claridad y profundidad.

La autonomía del estudiante se perfila como una meta que atraviesa todo el capítulo. La tutoría no busca dependencia, sino construcción de criterio y confianza. Acompañar sin resolverlo todo requiere paciencia y intención. Valenzuela (2019) sostiene que las estrategias orientadas a la autorregulación fortalecen la permanencia escolar. Desde tu lectura, percibes que esta apuesta transforma la relación con el aprendizaje, haciendo que el estudiante asuma un rol activo y consciente en su propio recorrido.

Hacia el cierre, la tutoría se proyecta como cultura institucional y como plan pensado en el tiempo. Deja de ser respuesta urgente y se convierte en práctica sostenida, articulada y compartida. Winding y Andersen (2015) y Witte et al. (2013) muestran que las redes de apoyo estables y las acciones educativas con visión temporal fortalecen trayectorias escolares más firmes. Como lector, terminas este inicio con la sensación de haber recorrido un mapa sensible y riguroso, donde la tutoría se entiende como acompañamiento continuo, humano y con sentido pedagógico.

4.1. Indicadores claros para medir el impacto de la tutoría

Hablar de indicadores claros para medir el impacto de la tutoría es hablar de señales visibles en un camino que antes parecía difuso. En el día a día escolar, docentes y tutores necesitan evidencias que permitan mirar el avance sin depender de intuiciones. Los indicadores funcionan como marcas en el cuaderno del proceso educativo: asistencia constante, mejora en resultados, mayor participación. Saari y Säntti (2018) advierten que las políticas educativas contemporáneas tienden a construir discursos de mejora apoyados en mediciones visibles, lo que refuerza la necesidad de definir criterios comprensibles y compartidos.

Un indicador bien formulado no enfría la experiencia educativa; al contrario, la ilumina. Permite reconocer cambios pequeños pero significativos, como la seguridad al leer en voz alta o la constancia al resolver ejercicios. En tutorías, medir impacto no se reduce a números, también involucra actitudes y vínculos. Saari y Säntti (2018) señalan que los sistemas educativos modernos otorgan valor a evidencias que respalden decisiones pedagógicas, generando confianza en los procesos. Esa claridad fortalece la percepción de sentido tanto en docentes como en estudiantes.

Desde la mirada del tutor, contar con indicadores definidos aporta calma y dirección. Ya no se camina a ciegas. Se observa el progreso con herramientas que permiten ajustar la intervención sin perder el horizonte académico. Estos indicadores deben ser comprensibles, cercanos y coherentes con los objetivos de aprendizaje. Según Saari y Säntti (2018), el lenguaje de las políticas educativas incorpora métricas como símbolos de avance y legitimidad. En la tutoría, esa lógica se traduce en registros claros que muestran si el acompañamiento realmente transforma trayectorias escolares.

Para el estudiante, los indicadores también comunican algo poderoso: su esfuerzo importa y se nota. Ver reflejado el avance en metas alcanzables genera motivación y pertenencia. No se trata de vigilar, sino de acompañar con evidencias. Saari y Säntti (2018) analizan que la narrativa educativa contemporánea valora la transparencia en los procesos de mejora. En tutorías, esa transparencia se convierte en retroalimentación constante, donde cada logro registrado refuerza la confianza y la disposición para continuar aprendiendo.

La institución educativa encuentra en los indicadores una base para sostener las tutorías en el tiempo. Medir impacto permite justificar recursos, ajustar estrategias y comunicar resultados a la comunidad. Sin claridad, los programas se debilitan. Saari y Säntti (2018) explican que las políticas educativas recurren a marcos evaluativos para sostener reformas y prácticas innovadoras. En este sentido, los indicadores no son un trámite administrativo, sino un puente entre la intención pedagógica y la evidencia de su efectividad.

Los indicadores claros convierten la tutoría en un proceso visible, confiable y sostenible. Permiten leer el avance académico con sensibilidad y rigor, sin perder la dimensión humana. Cuando están bien definidos, acompañan, orientan y fortalecen la toma de decisiones. Saari y Säntti (2018) muestran que la medición se ha integrado al discurso educativo como garantía de mejora. En la tutoría, esa medición adquiere un rostro cercano: el progreso real de estudiantes que vuelven a creer en sus capacidades.

4.2. Evaluación formativa dentro de los procesos de tutoría

Hablar de evaluación formativa en la tutoría es hablar de acompañar con atención fina, casi artesanal. No se trata de poner marcas finales, sino de escuchar el proceso mientras ocurre. En cada sesión, el tutor observa gestos, silencios, avances pequeños

que antes pasaban desapercibidos. Esa mirada cercana transforma la tutoría en un espacio de cuidado académico. Sosa y Rey (2019) destacan que la gestión orientada por valores prioriza el seguimiento permanente y el diálogo, elementos que también sostienen la evaluación formativa cuando se concibe como una práctica ética, cercana y comprometida con el crecimiento de las personas.

La evaluación formativa respira dentro de la tutoría porque se construye en el intercambio. Una pregunta bien formulada, una devolución oportuna, una pausa para revisar lo aprendido generan información valiosa. No pesa, acompaña. El estudiante siente que alguien camina a su lado y no delante con una libreta de sanciones. Desde la mirada de Sosa y Rey (2019), la evaluación entendida como proceso fortalece la responsabilidad compartida y la transparencia, principios que trasladados al ámbito educativo refuerzan la confianza entre tutor y estudiante.

En la práctica tutorial, evaluar de manera formativa implica ajustar el rumbo mientras se avanza. El tutor recoge evidencias vivas: cuadernos, producciones orales, intentos fallidos que también enseñan. Cada señal orienta la siguiente acción pedagógica. Este tipo de evaluación tiene un tono humano, dialogado, casi cotidiano. Sosa y Rey (2019) señalan que los procesos evaluativos alineados con valores públicos promueven mejora continua y aprendizaje institucional. En la tutoría, esa mejora se refleja en decisiones inmediatas que buscan sostener el progreso sin romper el vínculo pedagógico.

Para el estudiante, la evaluación formativa dentro de la tutoría se siente distinta. No genera tensión en el estómago ni miedo a equivocarse. Genera conversación. Permite reconocer avances reales y comprender en qué punto del camino se encuentra. Esta forma de evaluar comunica respeto por el ritmo de aprendizaje. Sosa y Rey (2019) sostienen que la valoración permanente de los procesos favorece una cultura de

responsabilidad y participación. En tutoría, esa cultura se traduce en estudiantes más conscientes de su aprendizaje y más dispuestos a involucrarse.

La sostenibilidad de los programas de tutoría también se apoya en la evaluación formativa. Al registrar avances de manera continua, las instituciones pueden tomar decisiones informadas sin recurrir a medidas tardías. Se construye memoria pedagógica. Los datos dialogan con las experiencias. Según Sosa y Rey (2019), la evaluación con sentido ético fortalece la gestión y legitima las acciones emprendidas. En el ámbito tutorial, esta legitimidad se refleja en prácticas coherentes, visibles y alineadas con el bienestar académico de los estudiantes.

En conjunto, la evaluación formativa convierte la tutoría en un espacio vivo, flexible y profundamente humano. No se limita a verificar resultados; acompaña procesos y cuida trayectorias. Permite mirar el aprendizaje como un camino compartido, con ajustes constantes y diálogo sincero. Sosa y Rey (2019) resaltan que evaluar desde principios y valores transforma la gestión pública. Trasladado a la educación, ese enfoque transforma la tutoría en una experiencia de crecimiento auténtico, donde cada paso cuenta y cada voz importa.

4.3. Retroalimentación efectiva que impulsa la mejora

Hablar de retroalimentación efectiva en la tutoría es hablar de palabras que no pesan, pero empujan. Es esa frase dicha a tiempo, con tono cercano, que abre una puerta interna en el estudiante. No juzga, acompaña. No etiqueta, orienta. En el seguimiento tutorial, la retroalimentación se convierte en un hilo invisible que conecta esfuerzo con sentido. Wang (2017) plantea que el acompañamiento centrado en el docente —y por extensión en el aprendiz— se apoya en devoluciones claras, respetuosas y continuas, capaces de fortalecer la confianza y sostener procesos de mejora auténtica.

Una retroalimentación que impulsa la mejora nace de la observación atenta. El tutor escucha más de lo que habla, mira los intentos, reconoce avances pequeños y los nombra. Esa mirada cuidadosa se traduce en mensajes concretos que el estudiante puede usar de inmediato. No se trata de discursos largos, sino de orientaciones precisas que iluminan el siguiente paso. Wang (2017) destaca que el valor del coaching educativo reside en el diálogo profesional, donde la retroalimentación actúa como motor de cambio y no como corrección fría o distante.

Desde la experiencia del estudiante, recibir retroalimentación efectiva se siente distinto. Hay alivio. Hay claridad. Aparece la sensación de "ahora entiendo por dónde seguir". Cuando el tutor cuida el lenguaje y el momento, el error pierde su carga emocional negativa y se vuelve materia prima para aprender. Wang (2017) señala que las devoluciones enfocadas en la práctica real fortalecen la autonomía y la autorreflexión. En tutoría, esto se traduce en estudiantes que se animan a intentar otra vez, con menos miedo y mayor conciencia.

La sostenibilidad de la tutoría también se apoya en una retroalimentación bien construida. Cada comentario deja huella y va formando hábitos de pensamiento. El estudiante aprende a mirarse, a evaluar su propio trabajo, a reconocer patrones. Ese aprendizaje trasciende la sesión tutorial. Wang (2017) sostiene que los procesos de acompañamiento efectivos generan cambios duraderos cuando promueven reflexión constante. En este sentido, la retroalimentación no es un acto aislado, sino una práctica continua que fortalece la cultura del aprendizaje.

Para el tutor, ofrecer retroalimentación efectiva implica sensibilidad pedagógica. Requiere equilibrio entre cercanía y claridad, entre ánimo y exigencia académica. No basta con decir que algo está bien o mal; importa explicar por qué y hacia dónde avanzar. Este tipo de comunicación fortalece el vínculo pedagógico. Según Wang (2017), el coaching centrado en la persona potencia el

crecimiento profesional y académico cuando se basa en relaciones de confianza y respeto mutuo, principios que también sostienen la tutoría efectiva.

La retroalimentación que impulsa la mejora convierte la tutoría en un espacio vivo, humano y transformador. Cada palabra cuenta. Cada silencio también. Es un proceso que acompaña, orienta y sostiene, sin romper la motivación del estudiante. Wang (2017) resalta que el verdadero impacto del acompañamiento educativo se mide en la capacidad de generar aprendizaje reflexivo. En la tutoría, esa capacidad se refleja en estudiantes que avanzan con mayor seguridad, conscientes de que aprender es un camino acompañado.

4.4. Ajuste de estrategias según avances y dificultades persistentes

Ajustar estrategias durante la tutoría es un acto de escucha profunda. El tutor observa avances con alegría, pero también reconoce cuando ciertas dificultades permanecen, tercas, pidiendo otra ruta. En ese movimiento constante, la tutoría se vuelve flexible y viva. Cambiar no significa improvisar, sino responder con sensibilidad pedagógica a lo que el estudiante va mostrando en su trayecto. Pacheco, Ramírez, Ruano y Anguita (2017) destacan que atender señales tempranas y persistentes permite intervenir con mayor pertinencia, evitando que las brechas se amplíen y afecten la trayectoria escolar.

Cuando el progreso aparece, aunque sea tímido, el ajuste estratégico refuerza lo que funciona. Se afinan actividades, se redistribuye el tiempo, se modifica el ritmo. El estudiante percibe ese cuidado y se siente acompañado. Hay una sensación de avance compartido, de camino recorrido en equipo. En estudios sobre trayectorias educativas, Pacheco et al. (2017) señalan que la adaptación permanente de las acciones educativas favorece la

permanencia y el compromiso escolar, especialmente en alumnos que han vivido experiencias repetidas de frustración académica.

Las dificultades persistentes piden otra mirada. No reclaman más de lo mismo, sino una forma distinta de intervenir. Ajustar estrategias implica revisar materiales, dinámicas y modos de acompañar. A veces es necesario volver a lo básico; otras, cambiar el punto de entrada al aprendizaje. Este proceso demanda paciencia y lectura atenta del estudiante. Según Pacheco et al. (2017), cuando la escuela adapta sus respuestas frente a situaciones reiteradas de rezago, reduce factores asociados al abandono y fortalece la inclusión educativa.

Desde la experiencia del tutor, este ajuste continuo también moviliza emociones. Hay momentos de duda, de replanteo interno, de volver a pensar la práctica. Sin embargo, allí se produce un crecimiento profesional genuino. Cada modificación es una apuesta renovada por el estudiante. La literatura sobre absentismo escolar destaca que las respuestas rígidas tienden a alejar, mientras que las acciones flexibles y personalizadas generan mayor adherencia al proceso educativo (Pacheco et al., 2017).

El estudiante percibe estos ajustes como señales de cuidado. Nota que alguien está atento a su proceso, que no pasa inadvertido. Esa percepción fortalece la confianza y el vínculo pedagógico. La tutoría deja de ser un espacio de corrección y se transforma en un lugar de reconstrucción del sentido de aprender. Pacheco et al. (2017) afirman que las intervenciones adaptadas a las necesidades reales del alumnado contribuyen a disminuir la desconexión escolar y favorecen trayectorias más estables.

En términos de sostenibilidad, ajustar estrategias garantiza que la tutoría no se desgaste. Evita la repetición mecánica y mantiene viva la intención pedagógica. Cada cambio se apoya en evidencias del proceso, no en intuiciones aisladas. Así, la tutoría se convierte en un espacio de mejora continua. Tal como señalan

Pacheco et al. (2017), las acciones educativas que se revisan y transforman a partir del seguimiento constante tienen mayor impacto en la permanencia, el aprendizaje y la experiencia escolar de los estudiantes.

4.5. Articulación entre tutoría, aula y familia

La articulación entre tutoría, aula y familia se siente como un puente que se construye con conversaciones sinceras y acuerdos visibles. Cuando estos tres espacios dialogan, el estudiante percibe coherencia y respaldo. No camina a ciegas. La tutoría recoge señales del aula, las conversa con la familia y devuelve orientaciones claras. Ese ir y venir genera calma, una sensación de red que sostiene. Peña, Soto y Calderón (2016) señalan que la participación familiar influye de manera directa en la permanencia escolar, sobre todo cuando existe comunicación frecuente y expectativas compartidas sobre el aprendizaje.

Desde el aula, el docente aporta la mirada cotidiana. Observa actitudes, avances, tropiezos pequeños que se repiten. Al compartirlos con el tutor, la intervención gana sentido y continuidad. Ya no se trata de acciones aisladas, sino de un acompañamiento alineado. El estudiante nota que lo que vive en clase no queda encerrado allí. Peña et al. (2016) destacan que la falta de coordinación entre actores educativos incrementa el riesgo de abandono, mientras que la coherencia en los mensajes fortalece el vínculo con la escuela.

La familia, por su parte, aporta la voz del hogar. Rutinas, silencios, cansancio, apoyos invisibles. Cuando se la integra con respeto, deja de ser espectadora y se vuelve aliada. La tutoría traduce el lenguaje escolar a palabras cercanas, comprensibles, sin juicios. Ese gesto genera confianza. Según Peña et al. (2016), las familias que se sienten escuchadas participan con mayor compromiso y desarrollan actitudes más favorables hacia la trayectoria educativa de sus hijos.

Esta articulación también tiene un componente emocional potente. El estudiante percibe que los adultos importantes en su vida se hablan entre sí. Esa sensación de cuidado compartido reduce la ansiedad y aumenta la disposición para aprender. El aula deja de ser un espacio fragmentado de la vida familiar. Peña et al. (2016) afirman que el acompañamiento familiar sostenido actúa como factor protector frente a conductas de deserción y desenganche escolar.

Para el tutor, articular implica escuchar sin apuro y mediar con sensibilidad. A veces traduce preocupaciones del hogar al lenguaje pedagógico; otras veces acerca acuerdos del aula a la mesa familiar. Este rol de enlace requiere empatía y claridad. Peña et al. (2016) resaltan que las acciones conjuntas entre escuela y familia fortalecen la percepción de apoyo social del estudiante, un elemento asociado a mayor permanencia y compromiso académico.

La articulación entre tutoría, aula y familia mantiene vivo el proceso educativo. Evita contradicciones y mensajes cruzados. Cada actor sabe hacia dónde caminar. El estudiante avanza acompañado, con menos ruido interno. La evidencia presentada por Peña et al. (2016) muestra que cuando la familia participa activamente y se coordina con la escuela, se reducen significativamente los factores asociados a la deserción, fortaleciendo trayectorias escolares más estables y humanas.

4.6. Registro pedagógico como herramienta de mejora continua

El registro pedagógico funciona como una bitácora sensible del camino del estudiante. No es un archivo frío ni una tabla mecánica; es memoria viva. Allí quedan anotados avances pequeños, retrocesos que alertan, gestos que hablan más que una nota. Para quien acompaña desde la tutoría, escribir es una forma de mirar mejor. Al revisar esos apuntes, aparecen patrones, señales tempranas, silencios repetidos. Rodríguez (2017) señala que la

detección anticipada de trayectorias frágiles depende de observaciones sistemáticas que permitan comprender el recorrido escolar antes de que la desvinculación se vuelva visible.

En la práctica diaria, el registro ayuda a ordenar la experiencia. Después de una sesión, anotar sensaciones, respuestas del estudiante y reacciones emocionales aclara la mente. Ese ejercicio da pausa y sentido. El tutor deja de confiar únicamente en la memoria y construye un relato progresivo del proceso. Rodríguez (2017) plantea que el seguimiento documentado fortalece la capacidad institucional para intervenir de manera oportuna frente a señales asociadas al abandono escolar, evitando decisiones tardías que ya no logran revertir el daño.

Para el estudiante, aunque no siempre lo vea, el registro tiene efectos reales. Gracias a esas notas, las intervenciones no se repiten sin rumbo. Cada encuentro se conecta con el anterior. Hay continuidad. Se percibe coherencia. Esa sensación de ser acompañado con atención genera confianza. Rodríguez (2017) explica que la falta de seguimiento consistente incrementa el distanciamiento emocional del alumno respecto a la escuela, mientras que el acompañamiento sostenido refuerza el sentido de pertenencia.

El registro pedagógico también invita a la reflexión profesional. Al releer lo escrito semanas después, el tutor se encuentra con sus propias decisiones. Algunas funcionan, otras piden ajuste. Ese diálogo interno impulsa la mejora continua. No hay castigo en reconocer errores, hay aprendizaje. Según Rodríguez (2017), las prácticas educativas que incorporan procesos reflexivos documentados fortalecen la capacidad de respuesta frente a trayectorias escolares inestables y reducen la naturalización del rezago.

Desde una mirada institucional, estos registros permiten articular acciones. Docentes, tutores y directivos pueden compartir

información relevante sin recurrir a impresiones vagas. El estudiante deja de ser una historia fragmentada. El registro une piezas. Rodríguez (2017) destaca que el abandono escolar no ocurre de un día para otro; se construye a partir de señales acumuladas que pueden ser identificadas cuando existe documentación pedagógica constante.

A largo plazo, el registro pedagógico sostiene la tutoría. Evita que dependa del entusiasmo momentáneo o de la memoria individual. Construye aprendizaje colectivo. Cada anotación es una semilla de mejora. La tutoría gana profundidad, coherencia y sentido humano. Tal como afirma Rodríguez (2017), comprender y prevenir el abandono escolar requiere mirar trayectorias completas, y esa mirada se fortalece cuando la práctica educativa deja huella escrita y reflexiva.

4.7. Tutorías que fortalecen la autonomía del estudiante

Las tutorías que fortalecen la autonomía se sienten como un entrenamiento para la vida escolar y personal. No buscan resolverle todo al estudiante, sino acompañarlo mientras aprende a decidir, organizarse y confiar en sus capacidades. En ese espacio, el tutor no camina delante, camina al lado. Se conversa, se piensa en voz alta, se reconocen aciertos. Valenzuela (2019) señala que las estrategias orientadas al desarrollo de la autonomía aumentan la permanencia escolar, ya que el estudiante deja de depender completamente del adulto y comienza a asumir un rol activo en su trayectoria educativa.

Cuando la tutoría apuesta por la autonomía, el estudiante empieza a hacerse preguntas propias. Planifica tareas, evalúa resultados, ajusta hábitos. Al inicio hay inseguridad, incluso miedo a equivocarse. Luego aparece una sensación nueva: control. Esa vivencia transforma la relación con el aprendizaje. Valenzuela (2019) destaca que la autorregulación académica fortalece el

compromiso escolar, pues el alumno percibe que sus acciones tienen impacto directo en sus logros y dificultades.

Desde la práctica tutorial, promover autonomía implica ceder protagonismo. El tutor escucha más, interviene con intención y permite silencios productivos. Se trabaja con metas claras y revisables, construidas junto al estudiante. Ese acuerdo compartido genera responsabilidad. Valenzuela (2019) explica que las estrategias de acompañamiento que favorecen la toma de decisiones personales refuerzan la permanencia, especialmente en estudiantes con trayectorias marcadas por dependencia o desmotivación.

El componente emocional es evidente. Un estudiante autónomo se siente capaz. Esa sensación reduce la ansiedad y fortalece la autoestima académica. Cada logro, por pequeño que sea, confirma que puede avanzar por sí mismo. La tutoría se convierte en un espacio de ensayo seguro. Valenzuela (2019) sostiene que el desarrollo de la autonomía actúa como factor protector frente al abandono, ya que el estudiante construye una relación más sólida y consciente con la escuela.

También la familia percibe el cambio. Observa a un estudiante más organizado, con mayor iniciativa y responsabilidad. Ese avance mejora la dinámica en casa y reduce tensiones asociadas al estudio. La tutoría, al fortalecer la autonomía, genera efectos que trascienden el aula. Valenzuela (2019) subraya que las prácticas educativas que impulsan independencia favorecen climas familiares más favorables para la continuidad escolar.

Las tutorías centradas en la autonomía dejan huella duradera. El estudiante no queda atado al apoyo permanente; aprende a sostenerse. Esa es la verdadera ganancia. La tutoría cumple su propósito cuando ya no es imprescindible. Tal como plantea Valenzuela (2019), formar estudiantes autónomos es una de

las vías más efectivas para fortalecer la retención escolar y construir trayectorias educativas con mayor sentido y estabilidad.

4.8. Prevención de la reincidencia del bajo rendimiento

Prevenir la reincidencia del bajo rendimiento es cuidar una herida cuando ya cerró. La tutoría acompaña después del repunte, cuando el alivio puede relajar hábitos. Allí se refuerzan rutinas, acuerdos y metas realistas, con un tono cercano que sostiene sin invadir. El estudiante necesita sentir continuidad, no vigilancia. Van Houtte y Demanet (2016) muestran que las creencias docentes influyen en la permanencia y el esfuerzo; cuando el adulto transmite confianza sostenida, el alumno mantiene la marcha y reduce la probabilidad de retrocesos.

El seguimiento atento detecta señales tempranas: tareas postergadas, cansancio recurrente, desconexión emocional. No se trata de alarmas estridentes, sino de lecturas finas. La tutoría retoma estrategias que funcionaron y ajusta el ritmo antes de que el desorden se instale. Van Houtte y Demanet (2016) evidencian que expectativas positivas y coherentes fortalecen la intención de continuar en la escuela, incluso tras periodos de fragilidad académica.

La prevención también se construye con hábitos transferibles. Planificar tiempos, anticipar evaluaciones, pedir ayuda a tiempo. En la tutoría, estas prácticas se ensayan y se vuelven propias. El estudiante experimenta control y calma. Esa sensación protege frente a recaídas. Según Van Houtte y Demanet (2016), cuando el alumnado percibe apoyo auténtico y creencias favorables sobre sus capacidades, se incrementa la persistencia y disminuye el abandono.

El vínculo emocional importa. Celebrar avances sin exagerar y revisar tropiezos sin dramatizar crea equilibrio. La tutoría ofrece un espacio seguro para hablar de miedos y presiones.

El estudiante aprende a leer sus estados internos y a responder con acciones concretas. Van Houtte y Demanet (2016) destacan que climas relacionales basados en respeto y confianza reducen intenciones de desvinculación y favorecen trayectorias estables.

La articulación con el aula consolida lo ganado. Docentes y tutores comparten observaciones y sostienen mensajes consistentes. El estudiante recibe señales claras y previsibles. Esa coherencia evita confusiones que suelen preceder a nuevas caídas. Van Houtte y Demanet (2016) señalan que la alineación entre creencias del profesorado y prácticas diarias refuerza la motivación y el compromiso continuado.

Prevenir la reincidencia es formar criterio y autocuidado académico. La tutoría deja herramientas, no dependencia. El estudiante aprende a anticipar riesgos y a activar apoyos. Así, el progreso se sostiene con menos esfuerzo emocional. Tal como plantean Van Houtte y Demanet (2016), cuando las expectativas adultas son estables y el acompañamiento es genuino, la permanencia se fortalece y el bajo rendimiento pierde terreno.

4.9. Tutoría como cultura institucional de apoyo al aprendizaje

Cuando la tutoría se instala como cultura institucional, el apoyo al aprendizaje deja de depender de voluntades aisladas y se vuelve una experiencia compartida. Se respira en los pasillos, se percibe en las aulas, se confirma en las reuniones. El estudiante siente que la escuela piensa en él de manera integral. No hay puertas cerradas. Winding y Andersen (2015) señalan que las relaciones sociales sólidas dentro de la escuela reducen la probabilidad de abandono, ya que generan pertenencia y sostén emocional, dos pilares que alimentan el compromiso académico cotidiano.

Esta cultura se construye con gestos coherentes y prácticas visibles. La tutoría dialoga con la enseñanza diaria y se alinea con proyectos institucionales. No es un anexo, es un modo de hacer escuela. Docentes, directivos y tutores comparten un mismo lenguaje de acompañamiento. Winding y Andersen (2015) evidencian que las instituciones que fortalecen redes de apoyo internas logran amortiguar desigualdades sociales que inciden en la continuidad educativa de los estudiantes.

Desde la mirada del estudiante, la tutoría institucionalizada se vive como respaldo constante. Hay adultos disponibles, atentos, previsibles. Esa presencia reduce la sensación de estar a la deriva. El aprendizaje deja de ser una carrera solitaria. Winding y Andersen (2015) destacan que el vínculo con figuras significativas dentro de la escuela influye en la decisión de permanecer, especialmente en jóvenes expuestos a condiciones sociales adversas.

La familia también percibe este entramado. Observa coherencia entre discursos y acciones, y confía. La tutoría se convierte en un puente estable, no en un llamado de urgencia. Esta continuidad refuerza expectativas positivas y reduce tensiones. Según Winding y Andersen (2015), cuando la escuela actúa como espacio de apoyo social, se fortalecen trayectorias educativas más estables, incluso en escenarios de vulnerabilidad.

Para los equipos educativos, la tutoría como cultura impulsa aprendizaje profesional compartido. Se revisan prácticas, se acuerdan criterios y se celebran avances colectivos. Hay una sensación de propósito común. Esa energía se transmite a los estudiantes. Winding y Andersen (2015) subrayan que las relaciones colaborativas dentro de la institución amplifican el efecto de las acciones pedagógicas sobre la permanencia escolar.

Esta cultura sostiene la escuela. La tutoría deja huella porque se integra a la identidad institucional. El aprendizaje se

acompaña con humanidad y constancia. El estudiante crece sabiendo que no camina solo. Tal como muestran Winding y Andersen (2015), cuando la escuela se organiza alrededor de relaciones de apoyo, la deserción pierde fuerza y el aprendizaje encuentra un suelo firme para florecer.

4.10. Proyección de planes de tutoría a mediano plazo

Proyectar planes de tutoría a mediano plazo es aprender a mirar más allá de la urgencia. Es trazar un camino con hitos claros y pausas conscientes, donde cada paso prepara el siguiente. La tutoría deja de reaccionar y empieza a anticipar. Se piensa en ciclos, en progresiones posibles, en tiempos reales del estudiante. Witte et al. (2013) muestran que las políticas educativas con visión temporal sostenida logran mayor permanencia escolar, porque ofrecen estabilidad y coherencia. Esa estabilidad se traduce en confianza: el estudiante percibe que hay un rumbo y que alguien lo acompaña con paciencia.

En esta proyección, el seguimiento se vuelve narrativo. No se persiguen resultados inmediatos, se construyen procesos. Se acuerdan metas alcanzables, revisables, que dialogan con el ritmo personal. La tutoría planificada a mediano plazo permite sostener hábitos, consolidar aprendizajes y evitar picos de agotamiento. Witte et al. (2013) señalan que las trayectorias educativas mejoran cuando las instituciones articulan acciones continuas y previsibles, reduciendo la improvisación que suele desgastar a estudiantes y docentes.

El estudiante siente alivio al conocer lo que viene. Hay menos ansiedad y más enfoque. Sabe que no todo se juega en una semana. Esa percepción cambia la relación con el estudio. La tutoría acompaña con recordatorios, ajustes finos y conversaciones honestas. Witte et al. (2013) evidencian que los sistemas que ofrecen apoyos sostenidos en el tiempo disminuyen el abandono temprano, ya que fortalecen la percepción de control y pertenencia.

Para el equipo educativo, proyectar implica coordinar esfuerzos. La tutoría dialoga con el aula y con orientaciones institucionales. Se comparten registros, se alinean criterios y se cuida la carga académica. Esta armonía evita mensajes contradictorios. Witte et al. (2013) destacan que la coherencia entre acciones educativas y políticas institucionales potencia los efectos del acompañamiento y favorece decisiones más justas para el alumnado.

La familia también encuentra un lugar claro en estos planes. Se informa con anticipación, participa en acuerdos y acompaña rutinas. La tutoría deja de aparecer como respuesta tardía y se integra a la vida escolar cotidiana. Witte et al. (2013) subrayan que la articulación entre escuela y otros sistemas de apoyo fortalece la continuidad educativa, especialmente en etapas sensibles de la trayectoria.

A mediano plazo, estos planes consolidan la sostenibilidad de la tutoría. Se aprende de lo recorrido y se ajusta con criterio. El acompañamiento gana profundidad humana y sentido pedagógico. El estudiante avanza con más calma y convicción. Tal como muestran Witte et al. (2013), cuando las instituciones piensan en el tiempo como aliado, la permanencia se fortalece y el aprendizaje encuentra un horizonte posible.

Conclusiones

Las conclusiones de esta obra confirman que la tutoría escolar adquiere verdadero sentido cuando se integra de manera consciente a la práctica pedagógica cotidiana. A lo largo del recorrido, el lector reconoce que el acompañamiento académico planificado transforma la experiencia educativa del estudiante con bajo rendimiento. No se trata de añadir tareas, sino de reorganizar miradas, tiempos y decisiones. La tutoría, entendida como acción pedagógica intencional, fortalece la confianza, reordena prioridades de aprendizaje y devuelve al estudiante la sensación de posibilidad, tan necesaria para reconstruir trayectorias académicas estables.

El análisis realizado permite afirmar que la identificación temprana del bajo rendimiento constituye un punto de partida indispensable para cualquier acción de refuerzo. Leer calificaciones, conductas y actitudes desde una perspectiva pedagógica amplia evita respuestas tardías o desarticuladas. El lector descubre que observar con atención y registrar de forma sistemática abre caminos de intervención más precisos. Esta práctica favorece decisiones docentes fundamentadas, reduce la improvisación y convierte la tutoría en un espacio de acompañamiento consciente, donde cada acción tiene un propósito claro y una proyección formativa.

Las estrategias de refuerzo académico desarrolladas a lo largo del libro evidencian que el aprendizaje puede reactivarse cuando se priorizan habilidades esenciales. Trabajar con actividades breves, significativas y ajustadas a la necesidad real del estudiante permite aprovechar el tiempo escolar con mayor eficacia. Desde la perspectiva del lector, estas propuestas transmiten cercanía y viabilidad, alejándose de modelos rígidos. El refuerzo deja de percibirse como carga adicional y se transforma en

un puente que reconecta al estudiante con el aprendizaje y con su propia capacidad de avanzar.

Otro hallazgo relevante radica en el valor pedagógico del error. Cuando el error se utiliza como recurso formativo, la tutoría se convierte en un espacio seguro para aprender sin miedo. Esta mirada modifica la relación del estudiante con la evaluación y fortalece la autoestima académica. El lector reconoce que corregir no significa sancionar, sino orientar. En este sentido, la retroalimentación adquiere una dimensión humana, cercana y constructiva, capaz de impulsar procesos de mejora sostenidos y de fortalecer hábitos de estudio más conscientes.

El seguimiento permanente aparece como un elemento que sostiene la eficacia de las tutorías en el tiempo. Registrar avances, ajustar estrategias y revisar decisiones permite evitar la reincidencia del bajo rendimiento. Desde la experiencia lectora, se percibe que el seguimiento no es un acto burocrático, sino una forma de cuidado pedagógico. Esta práctica refuerza la coherencia entre tutoría y aula, favoreciendo una intervención articulada que acompaña al estudiante más allá de momentos puntuales, con una mirada de proceso y continuidad.

La articulación entre tutoría, aula y familia se presenta como un factor que amplifica el impacto del refuerzo académico. Cuando existe comunicación pedagógica clara y compartida, el estudiante percibe coherencia y apoyo. El lector advierte que esta relación no demanda grandes recursos, sino voluntad institucional y acuerdos básicos. Integrar a la familia fortalece la corresponsabilidad educativa y genera un clima de acompañamiento que trasciende el espacio escolar, aportando estabilidad emocional y académica.

Desde una visión institucional, la tutoría deja de ser una acción aislada para convertirse en una cultura de apoyo al aprendizaje. Este cambio de enfoque implica planificación,

formación docente y liderazgo pedagógico. El lector comprende que sostener tutorías efectivas requiere compromiso colectivo y una mirada compartida sobre el sentido de educar. Cuando la institución asume este enfoque, el refuerzo académico se integra de manera natural a la vida escolar, fortaleciendo prácticas coherentes y sostenibles.

La figura del tutor escolar adquiere un perfil definido a lo largo de estas conclusiones. Se trata de un docente que observa, escucha y actúa con intención pedagógica. Su rol no se limita a transmitir contenidos, sino a acompañar procesos, generar confianza y orientar decisiones de aprendizaje. Desde la voz del lector, esta caracterización resulta cercana y alcanzable, pues se apoya en actitudes profesionales más que en habilidades extraordinarias, reforzando la idea de que toda práctica puede mejorar.

En términos formativos, la tutoría contribuye al desarrollo de la autonomía del estudiante. A medida que el refuerzo se orienta a estrategias de estudio y autorregulación, el aprendizaje deja de depender exclusivamente del adulto. El lector reconoce que este proceso requiere tiempo y constancia, pero genera efectos duraderos. La tutoría bien implementada no crea dependencia, sino que fortalece la capacidad del estudiante para organizarse, perseverar y asumir responsabilidad sobre su propio proceso académico.

Esta obra cierra reafirmando que revertir el bajo rendimiento es una tarea posible cuando se actúa con intención pedagógica, sensibilidad y coherencia. Las conclusiones invitan al lector a mirar su práctica con honestidad y apertura, reconociendo que pequeñas decisiones sostenidas generan transformaciones significativas. La tutoría, entendida como acompañamiento académico humano y planificado, se consolida como una herramienta valiosa para construir trayectorias educativas más estables, significativas y respetuosas del ritmo de cada estudiante.

Referencias Bibliográficas

Alegría Alegría, N. E. (2024). *Tutoría pedagógica y rendimiento académico de estudiantes del 4.º y 5.º año del Colegio Salesiano Don Bosco de Arequipa* (Tesis de licenciatura).

Angulo, A., & Urbina, F. (2021). Implementación y retos de la tutoría integral: Indicadores y percepción de estudiantes en tres universidades del norte de México. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos, 51*(2), 201–230. https://doi.org/10.48102/rlee.2021.51.3.393

Armour, K. (2019). Leading and shaping new futures for higher education. *Management in Education, 33*(4), 182–185. https://doi.org/10.1177/0892020619837890

Bali, A., & Ramesh, M. (2019). Assessing health reform: Studying tool appropriateness and critical capacities. *Policy and Society, 38*(1), 148–166.

Bayne, S., & Gallagher, M. (2021). Near future teaching: Practice, policy and digital education futures. *Policy Futures in Education, 19*(5), 607–625. https://doi.org/10.1177/14782103211026446

Brunila, K., & Nehring, D. (2023). Precision education governance and the high risks of fabrication of future-oriented learning human kinds. *Research Papers in Education*. https://doi.org/10.1080/02671522.2023.2212688

Brunila, K., Mertanen, K., Tiainen, K., Kurki, T., Masoud, A., Mäkelä, K., & Ikävalko, E. (2019). Vulnerabilising young people: Interrupting the ethos of vulnerability, neoliberal rationality and precision education governance. *Journal of the Finnish Anthropological Society, 43*(3), 113–120. https://doi.org/10.30676/jfas.v43i3.82737

Capano, G., & Woo, J. (2018). Designing policy robustness: Outputs and processes. *Policy and Society, 37*(4), 422–440. https://doi.org/10.1080/14494035.2018.1504494

Carlana, M., & La Ferrara, E. (2021). *Apart but connected: Online tutoring and student outcomes during the COVID-19 pandemic* (CEPR Discussion Paper No. DP15761). https://ssrn.com/abstract=3783987

Costa, A., & Garmston, R. (2016). *Cognitive coaching: Developing self-directed leaders and learners*. Rowman & Littlefield.

Céspedes, M. (2022). *Modelo de convivencia para generar valor público en tutoría y orientación en instituciones educativas de*

Mórrope–Lambayeque (Tesis doctoral). Universidad César Vallejo. https://repositorio.ucv.edu.pe/handle/20.500.12692/78144

Dunlop, C., & Radaelli, C. (2017). Learning in the bath-tub: The micro and macro dimensions of the causal relationship between learning and policy change. *Policy and Society, 36*(2), 304–319. https://doi.org/10.1080/14494035.2017.1321232

García, H. (2021). Análisis del modelo de gestión escolar en instituciones educativas públicas multigrado de San Ignacio, Perú. *Revista Educación, 45*(2), 117–131. https://doi.org/10.15517/revedu.v45i1.40537

Kidjie, I. (2019). Designing effective governance of education. *Policy Design and Practice, 2*(2), 182–197. https://doi.org/10.1080/25741292.2019.1621034

Kraft, M. A., List, J. A., Livingston, J., & Sadoff, S. (2022). *Online tutoring by college volunteers: Experimental evidence from a pilot program* (EdWorkingPaper No. 22-568).

Lau Li, A. Y. (2024). Gestión pública educativa en los procesos de tutoría integral en Perú. *Horizontes. Revista de Investigación en Ciencias de la Educación, 8*(34), 1532–1544.

Lau Li, A. Y., Quintana, E. M., & Ramírez Mendoza, P. (2025). Gestión pública educativa y el proceso de tutoría integral. *Areté. Revista Digital del Doctorado en Educación, 11*(22), 38–55.

Mette, I., & Riegel, L. (2018). Supervision, systems thinking, and the impact of American school reform efforts on instructional leadership. *Journal of Cases in Educational Leadership, 21*(1), 1–18. https://doi.org/10.1177/1555458918759696

Mimbela, R. (2021). *Habilidades directivas y gestión escolar en la Red 09, UGEL 01, San Juan de Miraflores* (Tesis de maestría). Universidad César Vallejo.

Monroe, R., & Marvin, S. (2020). Perceptions of instructional coaches and teachers on the barriers of multi-level instructional coaching. *Journal of Education and Training Studies, 8*(7), 26–34. https://doi.org/10.11114/jets.v8i7.4606

Morveli, G. (2021). Enfoques de la gestión pública y su influencia en el gobierno peruano (1990–2020). *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, 5*(3), 3496–3512. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v5i3.546

Naidu, S. (2021). Reimagining education futures to lead learning for tomorrow. *Distance Education, 42*(3), 327–330. https://doi.org/10.1080/01587919.2021.1956306

Palacios, S., González-Fernández, R., & Heriberto-Orangel, S. (2020). Dimensión afectiva del liderazgo pedagógico del docente. *Revista Complutense de Educación, 31*(4), 485–495. https://doi.org/10.5209/rcde.65635

Parente, J., & Parente, C. da M. (2020). La autonomía de los centros educativos brasileños en el contexto de la post nueva gestión pública. *Journal of Supranational Policies of Education*, (11), 68–86. https://doi.org/10.15366/jospoe2020.11.004

Pacheco, M., Ramírez, A., Ruano, M., & Anguita, V. (2017). El absentismo escolar en Andalucía: Balance y propuestas de futuro. *Opción, 33*(84), 65–90.

Peña, J. C., Soto, V., & Calderón, U. (2016). La influencia de la familia en la deserción escolar. *Revista Mexicana de Investigación Educativa, 21*(70), 881–899.

Quiroga, J. M. T., & Guzmán, M. L. B. (2024). *Acción tutorial contra la violencia de género: Un estudio fenomenológico en la escuela*. https://www.iiis.org/CDs2024/CD2024Spring/papers/CB690TQ.pdf

Rengifo, E. (2021). *Modelo de gestión educativa y calidad de la tutoría* (Tesis doctoral). Universidad César Vallejo. https://repositorio.ucv.edu.pe/handle/20.500.12692/63118

Romero Morín, V. E. (2023). *Trabajo colegiado para fortalecer la tutoría en una institución educativa de Lima Metropolitana*.

Romero, S., & Santa-María, H. (2021). Factores que intervienen en la gestión educativa. *Revista Varela, 21*(58), 77–85.

Saari, A., & Säntti, J. (2018). The rhetoric of the "digital leap" in Finnish educational policy documents. *European Educational Research Journal, 17*(3), 442–457. https://doi.org/10.1177/1474904117721373

Silvia, G., & Flores, M. (2022). La tutoría impulsora del aprendizaje estratégico y metacognitivo en estudiantes universitarios. *Volumen X*, 65.

Sosa, J., & Rey, N. (2019). Principios y valores en la gestión y administración pública. *Administración & Desarrollo, 49*(1), 85–99. https://doi.org/10.22431/25005227.vol49n1.4

Valenzuela, J. P. (2019). *Caracterización de estrategias que contribuyen a la retención escolar*. CIAE, Universidad de Chile.

Van Houtte, M., & Demanet, J. (2016). Teachers' beliefs about students and the intention of students to drop out of secondary

education. *Teaching and Teacher Education, 54*, 117–127. https://doi.org/10.1016/j.tate.2015.12.003

Wang, S. (2017). Teacher-centered coaching: An instructional coaching model. *Mid-Western Educational Researcher, 29*(1), 20–39.

Winding, T. N., & Andersen, J. H. (2015). Socioeconomic differences in school dropout among young adults. *BMC Public Health, 15*(1), 1–11. https://doi.org/10.1186/s12889-015-2391-0

Witte, K. de, Nicaise, I., Lavrijsen, J., Van Landeghem, G., Lamote, C., & Van Damme, J. (2013). The impact of institutional context, education and labour market policies on early school leaving. *European Journal of Education, 48*(3), 331–343. https://doi.org/10.1111/ejed.12034

Red de Investigación
Científica y Desarrollo
Tecnológico **Del Pacífico**



EDITORIAL
SAGA

ISBN: 978-9907-803-04-4